

JULIO MONTEBRUNO LOPEZ

CASILLA 2940

V E S P U C I O ,

*el personaje más calumniado de la historia*



IMPRENTA UNIVERSITARIA

ESTADO 63 - SANTIAGO DE CHILE - AOSTO DE 1944

**JULIO MONTEBRUNO LOPEZ**

CASILLA 2940

**V E S P U C I O ,**  
*el personaje más calumniado de la historia*



**IMPRENTA UNIVERSITARIA**

**ESTADO 63 - SANTIAGO DE CHILE - AGOSTO DE 1944**

## Vespucio,

*el personaje más calumniado de la historia*

A mi estimado ex-discípulo, colega y amigo, don Manuel Abascal Brunet.

EL AUTOR.

Pocos hombres tienen una biografía más clara y limpia que Vespucio, nacido en Florencia el año de 1459 y muerto en Sevilla en 1512. Era de linaje ilustre, pero arruinado. Recibió buena educación humanista en el claustro de San Marcos, recién embellecido por Fra Angélico con frescos célebres en la historia del arte, y desde donde poco más tarde Savonarola, el Lutero de la ortodoxia, formularía sonora protesta contra el envilecimiento de la iglesia Romana profanada hasta en la cátedra de San Pedro.

Los Médicis, señores democráticos de Florencia, le dieron un puesto en la casa bancaria y mercantil de la rama menor de la familia, en la cual figuró como uno de sus más hábiles y honestos colaboradores. Al cabo de 10 años, deseoso quizá de hacerse independiente, se fué a Sevilla como empleado de una empresa florentina, vinculada con los Médicis, dirigida entonces por un tal Juanoto Berardi, y muy importante por ocuparse del equipo y aprovisionamiento de las naves a las Indias (1492). Nombrado muy luego jefe del negocio por muerte de



Fig. 1.—Américo Vespucio en la niñez (a).  
De un fresco de Florencia.

(a) El nombre propio «Américo» procede del italiano «Amérigo» y éste, de la forma germánica «Amalrico», cuyo uso remonta hasta los lejanos tiempos de la dinastía ostrogoda de los Amalos. Su significado probable es «resistente al trabajo», etimología digna de servir de lema no sólo a un individuo, sino a una raza. En algunos documentos y mapas del siglo XVI, Américo suele cambiarse en «Emérico» y en «Albérico», degeneraciones viciosas de aquella palabra. Albérico tuvo cierta boga por su parecido con vocablos latinos.

Berardi, se encontró en medio de los mayores acontecimientos de la época y pudo, gracias a su poderoso ingenio, rivalizar con los más afamados marinos y cosmógrafos europeos. Le correspondió ayudar a Colón en los preparativos de su segundo viaje, teniendo la fortuna de captarse para siempre su aprecio y gratitud.

Vivamente conmovido por las fascinantes noticias sobre los países situados al otro lado del Atlántico, teatro actual y futuro de gestas insuperables, intervino en los descubrimientos, embarcándose, no se sabe si en calidad de piloto, cosmógrafo o socio capitalista, en una de las cuatro naves de Alonso de Ojeda, que zarparon de Cádiz en 1499. Siempre en sus expediciones fué segundo en el mando, primero en prestigio y autoridad científica. Al llegar a las costas de Guayanas, la expedición se bifurcó: Ojeda con dos naves y acompañado del célebre cartógrafo Juan de La Cosa, se dirigió hacia el NO., siguiendo el litoral hasta la actual Colombia, donde probablemente divisaron por primera vez la boca del río Magdalena. Vespuccio, en tanto, al mando de las otras dos naves tomaba la dirección opuesta del SE. para seguir el borde de la Tierra Firme hasta el espolón más oriental del continente americano, el cabo San Roque o sus inmediaciones, descubriendo el estuario del Amazonas con prioridad a Yáñez Pinzón y el Brasil, días antes de Cabral. Ojeda y Vespuccio volvieron a juntarse sólo en Santo Domingo y regresaron unidos a Europa. Al subalterno le había correspondido casi toda la gloria de la empresa sin pretenderlo, pues su jefe prefirió la ruta por donde creía encontrar el deseado paso a la Indochina y a la India.

Este viaje, considerado hoy el primero de Vespuccio (1499-1500), reveló tres novedades de suma trascendencia:

1.º—Desde el cabo San Roque a la boca del Magdalena, hasta donde había llegado el florentino en busca de Ojeda cuando tuvo que volver por haberle impedido una poderosa corriente contraria avanzar más al sur del ecuador, la costa de América Meridional no tenía ninguna solución de continuidad. Era inútil seguir buscando por ese largo trecho un pasaje a la India.

2.º—En su rumbo al SE., la costa descubierta por Vespuccio penetraba decididamente en la zona de influencia asignada al

Portugal por el tratado de Tordesillas. España no tenía derecho ni interés para continuar explorándola.

3.º—El Cabo San Roque estaba situado 5 grados por lo menos al otro lado de la línea equinoccial. Ahora bien; el Asia, como se sabe, no penetra en el hemisferio sur. Marco Polo había regresado de la China por mar, pasando por el estrecho de Málaga. ¿Cómo pudo escaparse a Vespucio el alto significado de una comprobación geográfica que le habría permitido antes de hacer su segundo viaje anunciar la existencia de un nuevo continente? Por dos razones. La latitud exacta de la punta de Málaga no era conocida: todos los mapas de la época la colocan, como también a la isla de Taprobana o Ceilán, 4 ó 5 grados al sur del ecuador. Además, la carta del oecúmenos, o mundo habitado de Ptolomeo, dibujaba una hipotética península desprendida hacia el sur de las costas orientales de la Indochina. Al oeste de la cual, el geógrafo alejandrino colocaba el mar de la China o Gran Seno (Sinus Magnus) en uno de cuyos puertos habría muy bien podido embarcarse Marco Polo cuando regresó por la vía marítima a Europa. Se volverá después sobre este interesante detalle inadvertido o despreciado hasta ahora, según creo, por los historiadores.

Don Manuel el Afortunado, rey de Portugal, tomó inmediata nota del descubrimiento favorable a sus intereses hecho por Vespucio, y confió a éste el encargo de reconocer con una escuadrilla, puesta bajo la autoridad de un figurón de la corte, las nuevas tierras portuguesas, y de buscar al sur de ellas un posible pasaje oceánico hacia las Molucas. El piloto florentino batió durante este su segundo y muy probablemente último viaje (1501-1502) el «record» de la distancia recorrida por un solo navegante. Aunque su ruta haya sido muy discutida por la escasez y diverso valor de las fuentes, existen datos bastantes, valorizados hace poco, que permiten fijarla, si no con certeza plena, con la mayor verosimilitud.

Costeó Vespucio en su segundo viaje, a lo largo de 3.200 millas, unos 4.795 kilómetros, casi todo el lado SE. de la actual América Meridional, desde el cabo San Roque hasta muy probablemente el grado 50 ó 52 de latitud sur, donde encontró una «tierra deshabitada y estéril», tal vez la isla de Georgia del Sur o el archipiélago de las Malvinas o Falkland. No

pudo ser un punto del litoral patagónico, como también se ha creído, pues Vespuccio navegó en este sector de su viaje lejos de él, por alta mar. Se había apartado del continente a la al-



Fig. 2.—Vespuccio en su juventud.  
Retrato del Parmigianino, «Museo Nazionale», Nápoles.

tura del Río de la Plata, después de haber visto poco más al norte, el río designado después con el nombre de Cananor o Cananea (32° lat. N.). Y tal vez esto le impidió descubrir el estrecho de Magallanes. Nunca se había realizado una proe-

za semejante. Los portugueses necesitaron más de un siglo para bordear las costas occidentales del África. Los resultados no eran menos espléndidos. Vespucio había descubierto la rada de Río Janeiro, el Uruguay, el estuario del Plata, es decir la Argentina, faltándole muy poco para hallar el paso del Suroeste a la India. Sólo el descubrimiento de América y la circunnavegación del Globo superan su hazaña. El empleo de su nombre para designar un continente, del cual nadie sabía entonces su verdadera forma, fué la consecuencia lógica del desarrollo de sus ideas geográficas, dignas de un cosmógrafo consumado, mantenido por la posteridad como premio inconsciente a servicios excepcionales.

Vespucio comunicó al rey de Portugal que más o menos a la latitud 35 sur (estuario del Plata) la costa recorrida, en su inflexión hacia el SO., volvía a penetrar en los dominios señalados a España por el tratado de Tordesillas (1), es decir, quedaban al oeste de la línea divisoria tirada de polo a polo 21 grados al occidente de las islas del Cabo Verde. Juzgando por esto inútil su permanencia en Lisboa, Vespucio volvió a España, donde lo recibieron sin suspicacia alguna, con la estimación debida a su carácter y rectitud.

No necesitó Vespucio encarecer a sus contemporáneos el deslumbrador e imprevisto gran resultado de su segundo viaje, tan enorme que todos los otros descubrimientos geográficos realizados durante el mismo, por sorprendentes que fuesen, debieron parecerle pequeños, a juzgar por la indiferencia con que los describe en su célebre carta a Lorenzo Pier Francesco de Médicis (2). Traía a los europeos una maravillosa nueva. Puesto que el Asia, a la cual todos continuaron creyendo pertenecían las tierras de Colón o Indias, terminaba cerca del ecuador, era obvio que la larguísima costa descubierta por Vespucio al sur de dicho círculo máximo, formaba el borde de una gran masa continental ignorada hasta entonces. Ptolomeo, el mayor geógrafo conocido, había adivinado su existencia al SE. del Asia, como necesaria al equilibrio de las tierras emergidas del Globo, dándole el nombre de «Cuarta Parte».

---

(1) Los números entre paréntesis remiten al lector a las aclaraciones impresas al final de este estudio.

Tan sorprendente aserto, recibido por sus contemporáneos «nemine discrepante» como la expresión de una verdad geográfica inatacable, dió a Vesputio en Europa una fama superior a la del mismo Colón: era en el curso de los siglos el primer descubridor de un continente. Todos la encontraron fundada y legítima. Años después, en 1505, el mismo personaje, a quien habría arrebatado con dolo su más glorioso privilegio, se expresa en carta a su hijo Diego sobre el carácter del piloto florentino en términos encomiásticos. El segundo hijo y biógrafo del Almirante, Fernando, no reprocha a Vesputio, como sin duda lo habría hecho si lo mereciera, ningún conato de menoscabar la gloria de su padre. Nadie sospechaba todavía la independencia continental de Norte América.

Aquí se hace necesario abrir un paréntesis para entender bien el pensamiento de Vesputio y de sus contemporáneos sobre la forma y conexiones geográficas de las tierras descubiertas hasta entonces al otro lado del Atlántico. Las situadas al norte del ecuador formaban parte, según opinión de todos, inclusive Vesputio, del Asia, la cual en los mapamundis de la época aparece bañada en sus bordes meridionales por un solo océano, el llamado hoy Índico. La ignorancia de la existencia del Pacífico, se explica, entre otras causas, por la menor anchura atribuida a la circunferencia terrestre. Después del viaje de Colón, quedó patente, sin embargo, que las comarcas descubiertas por él, nada tenían de común o parecido con la China o la India, países de alta cultura, descritos por Marco Polo y tantos otros viajeros medievales; semejanza que los resultados de las exploraciones inmediatamente posteriores parecieron confirmar y robustecer. Ya en 1493, Pedro Martyr de Anglería, siguiendo en esto a Colón, designaba a Cuba, considerada entonces como parte de la tierra firme, e islas adyacentes con el nombre de «Nuevo Mundo», empleado no en el sentido de unidad geográfica aislada, sino de región sobre la cual no se tenía antes la menor noticia (3). Durante muchos años, en la mente de los geógrafos las nuevas regiones al norte del ecuador eran una prolongación oriental del Asia, única hipótesis posible dentro de los conocimientos cartográficos de la época. Se les dió de inmediato y con el mismo sentido el título de «Indias Occidentales». Colón, Vesputio y tantos otros

descubridores bajaron a la tumba sin dudar de la verdad de este postulado.

La revelación hecha por Vespucio al mundo de la existencia de un nuevo continente al sur del ecuador, abría un nuevo e



Fig. 3.—Vespucio en su traje de noble florentino.  
 Grabado de C. de Passe; Museo degli Uffizi, Florencia.

inesperado capítulo en la historia de los descubrimientos geográficos. Anunciaba un dominio virgen, recién abierto a los aspirantes a la gloria, donde nadie podría disputarle sus laureles. No pudo, pues, causar extrañeza la proposición hecha por el cartógrafo Martín Waldseemüller o Ilacomilus en su «Introducción a la Cosmografía de Ptolomeo» de dar el nombre de América a las tierras descubiertas al sur del ecuador, como también habría parecido natural llamar Colombia a las situadas al norte del mismo círculo, si en ese tiempo se hubiera sospechado siquiera su independencia del Asia. Y en el mapa anexo a la Cosmografía se trazó el vocablo «América» sobre el Brasil, la primera de las grandes naciones descubiertas por Vespucio (4).

Waldseemüller no conoció las cartas auténticas dirigidas por Vespucio a Lorenzo di Pier Francesco de Médicis. Se valió de una copia infiel de alguna carta en italiano, hoy perdida, traducida al latín con el título de «Mundus Novus», el Mundo Nuevo, tan lleno de verdades como de invenciones y errores, que tuvo el honor de ser publicada en el apéndice de la Introducción a la Cosmografía, prefacio de una nueva edición de las obras y planisferio de Ptolomeo (1507). Esta circunstancia, erróneamente interpretada, contribuyó más tarde a excitar la opinión pública contra Vespucio, a quien se atribuyó la paternidad de esa copia, hecha sin su conocimiento, que fué utilizada hasta hace pocos años como la fuente más fidedigna de su historia. El propio Waldseemüller, impuesto de las inexactitudes del «Mundus Novus», suprimió en una edición posterior del mapamundi ptolemaico (1513) la célebre apostilla, origen inmovible del nombre aplicado a todo el continente americano.

Entretanto España daba a Vespucio el más alto testimonio de estimación y confianza en su honorabilidad, nombrándolo, de preferencia a nacionales tan eminentes en el ramo como Juan de La Cosa, Vicente Yáñez Pinzón y otros, Piloto Mayor, el primer puesto técnico en la administración comercial y marítima de las Indias, a cuyo titular correspondía nombrar pilotos, extender y corregir cartas náuticas y equipar las expediciones de Ultramar (1508). Vespucio ejerció hasta su muerte las funciones de tan elevado cargo, con su pericia y rectitud habituales. Se extinguió en medio del respeto general, rodeado de un prestigio

legítimamente adquirido (1512). El hombre más ilustre de la Historia, su involuntario rival y víctima, le dió un año antes de morir un testimonio de estimación, certificado irrecusable de



Fig. 4.—Vespucio, el gran piloto.  
En la «Galleria degli Uffizi», Florencia.

integridad moral. Sirvió a dos reyes interesados en una misma empresa, en cuyas perspectivas se vislumbra el dominio del Mundo, mutuamente hostiles y recelosos; y el piloto florentino

obtuvo el aprecio y la confianza de ambos. En resumen: pocos personajes históricos tienen una biografía más pura y meritoria que la suya.

\* \* \*

La campaña denigratoria contra Vespuccio comenzó 21 años después de su muerte, bastando esto sólo para sospechar de la seriedad de sus fundamentos. Sopló el primer «venticello» Miguel Servet, el mismo quemado como hereje por orden de otro hereje en Ginebra, en su célebre edición, corregida y anotada, de la *Cosmografía* de Ptolomeo (Lyon, 1535). Lo transformó en tempestad Bartolomé de Las Casas en su *Historia de las Indias*, escrita entre los 78 y 86 años de su larga vida (1533-1561) y publicada sólo en 1875. Sin restar importancia a esta obra fundamental para conocer los primeros 28 años de la historia americana, pueden reprochársele muchos errores y falta de sentido crítico. Panegirista entusiasta de Colón, Las Casas no perdona a Vespuccio el haber arrebatado a su héroe la gloria de dar su nombre al continente. Lo acusa de superchería deliberada, atribuyéndole la paternidad del relato falso, como tantos otros que circulaban como suyos sin serlo, de un viaje que habría hecho por las costas de Norte y Sud América en 1497, inventado con el objeto de arrebatarse al Almirante la prioridad en el descubrimiento de la Tierra Firme. El gran cronista Antonio de Herrera, que conoció el manuscrito de Las Casas, reproduce el cargo en su «Historia general de los hechos de los castellanos en las islas, etc.» (1601), repetido papagayescamente por innumerables escritores posteriores hasta nuestros días (5). La dificultad de seguir paso a paso el desarrollo en la mente de los hombres de la forma de América; la durante tanto tiempo invencible repugnancia de separar el Mundo Nuevo aislado de Vespuccio, es decir la América del Sur, del Mundo Nuevo, parte integrante del Asia de Colón; y, por fin, el mal uso del precepto jurídico de buscar el autor de un delito entre los que se han beneficiado con él, figuran entre las principales causas de una paralogización increíble, que debió reconocerse como tal en sus orígenes.

No puede, sin embargo, negarse que los graves cargos formulados contra la figura moral de Vespuccio por tantos hombres

ilustres y honorables, se apoyaban en hechos mal interpretados, pero impresionantes. Se consideraban auténticas cartas en que él mismo describía viajes que nunca hizo. Se creía verle, abusando de su puesto de Piloto Mayor, formar con la astucia de un Maquiavelo, otra víctima ilustre de la calumnia, el tejido de sus falsedades, tergiversaciones e imposturas. Su fama de «hombre muy de bien», frase empleada por Colón, era el fruto de una refinada hipocresía. El problema de Vesputio tiene, aparte de su valor psicológico, gran interés histórico. Vale la pena estudiar algunos de sus aspectos breve y separadamente.

Desde hace siglos, la publicidad tiene como órgano omnisciente la prensa diaria, siendo muy difícil substraer algo a su conocimiento. Los errores se rectifican en el acto con la misma facilidad con que se publican. Los diarios han llegado a ser la principal fuente de la historia. Antes se recurría a otros medios muy favorables al disimulo de la verdad y a la propalación y mantenimiento del error y la mentira. Las fuentes, por ejemplo, para los descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI eran, fuera de la tradición oral, los diarios de viaje, los informes a los gobiernos y otros documentos oficiales, mantenidos casi siempre en secreto por las cancillerías, si no se les destruía, y, por otra parte, los escritos—libros, opúsculos, cartas—de los descubridores. Muchos de estos testimonios solían perderse para siempre. Casi todo lo que se sabe sobre los viajes de Vesputio se halla contenido en epístolas de éste, tres de ellas, si no falsas, por lo menos adulteradas, y las otras tres auténticas, únicas salvadas de la destrucción, dirigidas a Lorenzo di Pier Francesco de Médicis, su antiguo patrón comercial. Pertenecen estas últimas a la colección de documentos conocida con el nombre de Códice Vaglianti de la biblioteca Riccardiana de Florencia. En ellas narra sus dos expediciones al Nuevo Mundo, en un estilo sencillo y lacónico, sin errores, vanagloria o jactancia. Dos se publicaron en el siglo XVIII y la tercera en el XIX (6).

Todos esos documentos auténticos, generalmente epistolares y manuscritos, verdaderas fuentes de la historia, no estaban destinados al gran público, pues en parte se mantenían secretos, y en parte no eran accesibles sino a un círculo reducido de personas. Los interesados en ilustrar la opinión pública de

Europa con fines lucrativos o partidaristas, conseguían copiar algunos, por lo general en forma inexacta y tendenciosa, agregándoles «ad libitum» datos nuevos y aventuras o noticias sensacionales. Lo verdadero servía de pasaporte a lo falso. Así desfigurados, traducidos a veces del latín a la lengua vulgar, o viceversa, los imprimían, junto con otros de su fantasía, haciendo circular todo para darle autoridad bajo el nombre del autor de los documentos originales. Era una lluvia de hojas volantes, folletos, opúsculos, etc., tan difícil de conocer como de rectificar por los interesados. Tal vez los desmentidos se perdieron, o los círculos ilustrados, conocedores de la verdad, que nunca creyeron en peligro, miraban con indiferencia o desprecio esa gacetilla, si llegaban a leerla. Desgraciadamente, muchas de esas publicaciones aparecían como escritas por el mismo personaje a quien se referían; y esto engañó varias veces a la posteridad.

Tal sucedió con Vespucio. Se le tuvo durante más de 300 años como autor de dos folletos redactados con el fin de producir sensación y ganar dinero con su venta. El destinado a mayor e inmerecida celebridad se titulaba *Mundus Novus* (1503-1504) y circuló como traducción latina de una carta hoy perdida, tal vez supuesta, de Vespucio a Lorenzo di Pier Francesco de Médicis. Tiene el segundo también la forma de una carta, sobre sus cuatro viajes, «La Lettera», sin duda apócrifa, de Vespucio, dirigida, según se afirmaba, probablemente a Pedro Soderini, Gonfaloniero de Florencia. Un duplicado de «La Lettera» fué enviado al duque René de Lorena: se le designa con el título *Quatuor Navigaciones*. Estas obras de la gacetilla contemporánea, destinadas a apagar la sed de la opinión pública, sobreexcitada por maravillosas empresas, circularon con prodigalidad en Europa y reemplazaron a los relatos auténticos y fidedignos que sin duda existían en los archivos oficiales y en las gavetas de los particulares, tan bien guardados y ocultos que, salvo unos pocos, se han perdido para siempre.

Para los interiorizados en la verdad de las cosas, como lo estaban los círculos náuticos de España, las noticias falsas diseminadas por el mundo sobre los descubrimientos, no valía, la pena de tomarlas en serio. Pero cuando desaparecieron los

testigos presenciales de esos hechos memorables, las producciones de propaganda, tan opuestas al carácter de Vesputio, como diversas por su tono, forma y fondo de sus escritos auténticos, sirvieron durante siglos de exclusiva fuente de información a sus biógrafos. La *Enciclopedia Británica*, casi siempre exacta, repite aún en 1911 los errores seculares sobre el piloto florentino. Cuando se publicaron hace más de un siglo las cartas auténticas, hasta entonces manuscritas, de Vesputio a Lorenzo di Pier Francesco de Médicis, los historiadores las desestimaron como apócrifas. La crítica, hoy día, por razones que no tendría objeto reproducir aquí, ha puesto fuera de duda la autenticidad de ellas y rechazado como espurios, sin negarles todo valor, el *Mundus Novus* y demás publicaciones del mismo género. A la luz de sus propios escritos, escasos restos de su actividad literaria no devorados por el tiempo, surge la noble figura del cosmógrafo y marino descubridor de la dilatada zona donde se han desarrollado tres grandes naciones americanas, primer pregonero de la independencia geográfica de un continente, designado hoy con su sonoro y armonioso nombre (7).

\* \* \*

Pero no sólo una lamentable equivocación sobre el valor de las fuentes históricas, contribuyó a arrojar sombras en la memoria de Vesputio. Su descrédito provino ante todo de la dificultad de seguir en la historia de los viajes la gradual evolución de este concepto: «Continente Americano». Si para narrar una época lejana, necesita el historiador sumergirse en su ambiente, conocer sus ideas, aspiraciones y tendencias; transformarse, por decirlo así, en contemporáneo suyo; más obligatorio todavía es a quien describe el descubrimiento progresivo de la superficie terrestre advertir, viaje tras viaje, el lento desarrollo del panorama geográfico en la mente de los hombres. En el maremagnum de mapas históricos se advierten errores tan notables como en la tradición escrita; algunos no registran progresos efectuados 60 y más años antes de la fecha en que se publicaron, o dan nuevo testimonio del poder de la rutina.

Falta todavía un atlas genético, donde sólo aparezcan los mapas necesarios para seguir la evolución del conocimiento

geográfico de la superficie de la Tierra. Sólo poseemos magníficas colecciones de cartas inconexas, de difícil inteligencia y consulta. Urge exponer clara y lógicamente cómo se ha venido ampliando a través de los siglos el horizonte geográfico de la Humanidad. Sin este apoyo, la crónica de los viajes induce a graves yerros y suscita problemas al parecer insolubles. Los historiadores rara vez dominan la ciencia geográfica; en sus obras sobre la exploración del Globo dan más importancia a los testimonios escritos que a los cartográficos, librándose muy pocos de este defecto.

Lo dicho se aplica en primer término a Vesputio. La luz para disipar la oscuridad de su historia, la clave de su obra, ideas y concepciones, la vindicación de su carácter, el fundamento, en fin, de su gloria y prestigio, reconocidos por sus contemporáneos (b)—dato muy sugestivo—y atacados por las generaciones siguientes a la suya; todo se contiene en los documentos cartográficos. Como prueba somera de este aserto, publicamos comentándolos sólo ocho de los más característicos, a nuestro juicio, para conseguirlo, venciendo la tentación de incluir muchos de capital importancia.

#### MAPAMUNDI DE PTOLOMEO

Claudio Ptolomeo, geógrafo griego del siglo segundo después de Cristo, el más célebre que haya existido, resumió los conocimientos acumulados por sus predecesores sobre la Tierra y el Universo en una obra titulada *Cosmografía*, con un mapamundi anexo, considerados ambos durante más de 1300 años como autoridades únicas, casi infalibles. Los cosmógrafos, incluyendo a Toscanelli, a Colón, a Vesputio, se referían a ella en sus concepciones científicas; los marinos la consultaban al formar el itinerario de cualquier viaje hacia regiones desconocidas. El descubrimiento de América pareció en un principio ser el triunfo espiritual de Ptolomeo, elevando a las nubes la popularidad de su obra, reproducida después en innumerables ediciones.

(b) Las Casas comenzó a escribir su *Historia de las Indias* 21 años después de la muerte de Vesputio, terminándola 28 años más tarde. Por éstas y otras razones, no es propiamente un testigo contemporáneo de la obra del piloto florentino.

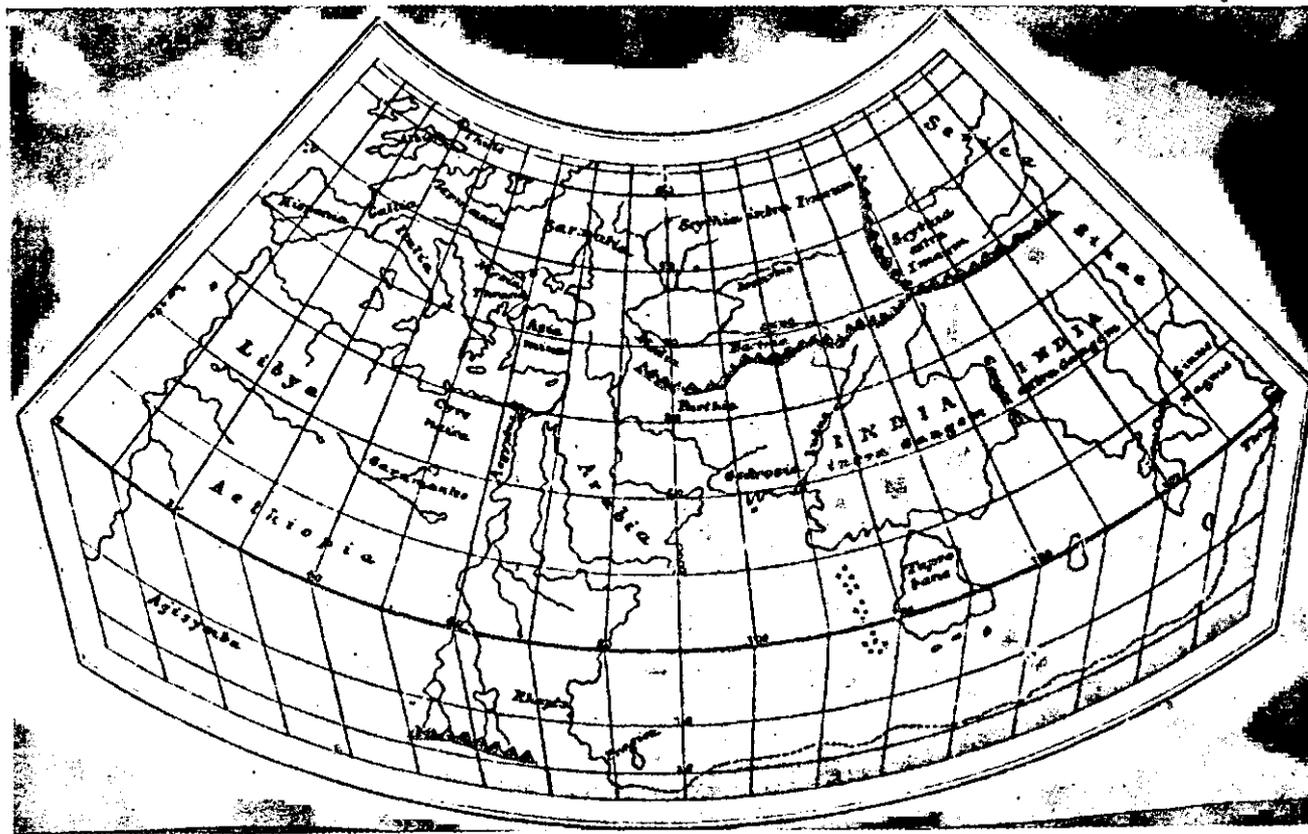


Fig. 5.—Mapamundi de Tolomeo.

El grabado representa el Oecúmenos, es decir, la parte habitada y conocida del Viejo Mundo. En él, los nombres de «Sérica», país de la seda, y de «Sinae», usados para designar a la China, se aplican a dos comarcas diversas. La Sinae termina por el sur en el «Sinus Magnus», gran golfo o seno oceánico, correspondiente seguramente al mar de la China. En un puerto de ese golfo debió embarcarse, según los secuaces de Ptolomeo, Marco Polo (siglo XIII) en su viaje de regreso a Europa; lo cual explicaría que ningún obstáculo terrestre, como el indicado al este del Sinus Magnus, le hubiera impedido navegar por el sur de Asia. Nótese cómo, tanto la península de Málaga, extremo de la Indochina (India extra Gangética), como la isla de Taprobana o Ceilán, en vez de terminar al norte del ecuador, sobrepasan 4 ó 5 grados dicha línea. Este error, rectificado sólo en tiempos muy modernos, tuvo—lo veremos después—gran influencia en el proceso ideológico geográfico de Vespuccio, retardando en 3 ó 4 años su gestación.

Pero lo más interesante y útil de este grabado para la inteligencia de los viajes a América, es la hipotética y por esto en parte punteada costa de un supuesto continente que, según Ptolomeo, debía unir las costas orientales del Sinus Magnus con el África a la latitud, más o menos, de Zanzíbar, formando otro mar Mediterráneo, en virtud de una ley de simetría, parecido, pero mucho más grande, que el situado entre Europa y África. La línea punteada comienza en el paralelo 10 de latitud sur; lo que, a mi parecer, no se debe a un simple capricho. Probablemente, Ptolomeo contempló aquí una hipótesis subsidiaria, formulada también por él, y según la cual el continente dibujado en la carta, en vez de dirigirse hacia el África, doblaba hacia el SE. del Asia para formar por razón de simetría juego con aquélla. A este producto de su imaginación le había dado el nombre de «Quarta Parte». Influenciados por el geógrafo alejandrino, los contemporáneos de Colón y de Vespuccio tenían sobre la Indochina una idea diversa de la realidad. Según ellos, de sus costas orientales se desprendía una península de forma y extensión muy vaga e indeterminada, que bien podía, como se supuso más tarde, ensancharse en forma de un continente. En el desarrollo de la cartografía americana desempeña esta península imaginaria un papel considerable,

no advertido hasta ahora por los historiadores. No tardaremos en volver sobre un punto tan interesante.

No se puede terminar el examen del mapa ptolemáico sin advertir que por un error en el cálculo de las dimensiones de la Tierra, se disminuía por una parte su circunferencia, y por otra se prolongaba el llamado «Viejo Mundo» mucho en la dirección de los paralelos; de modo que las costas orientales del Asia habrían coincidido en un mapa con las de Méjico. Falta espacio en el Globo para concebir la existencia de un océano de las dimensiones del Pacífico. Aun cuando se le descubrió, fué confundido con el Índico. Magallanes debió haber creído fácil atravesarlo. El benéfico error fué tan favorable a la realización de los proyectos de éste como lo había sido a los de Colón; pero impidió durante muchos años el reconocimiento de la independencia continental de Norte América.

#### CARTA DEL OCÉANO ATLÁNTICO

La carta de la figura 6, usada por Colón en su primer viaje y atribuída a Toscanelli, representa con bastante fidelidad las ideas del siglo XV sobre la parte desconocida de la superficie terrestre. La influencia en ella de los geógrafos griegos y árabes se nota casi exclusivamente en el famoso y secular error acerca de las dimensiones de nuestro Globo. Marino de Tiro (siglo II d. de Cristo), considerado como el fundador de la geografía matemática, prolongaba mucho el Asia hacia el oriente. Sus cálculos, aunque rectificados en parte por Ptolomeo, gozaron de gran crédito entre los proyectistas del viaje a las Indias por el Atlántico, a quienes convenía disminuir en lo posible su duración. Colón, además, siguiendo al matemático árabe Alfragán, estaba cierto de que un grado de longitud en el ecuador medía sólo 56 millas y  $\frac{1}{3}$ , disminuyendo por este capítulo en 10 millones de metros, esto es, en la cuarta parte, la circunferencia terrestre. «El Mundo, exclamaba, no es tan grande como lo imagina el vulgo». En el mapa desaparece todo el Océano Pacífico, y Quinsay, gran puerto de la China, queda a 130 grados de Lisboa, o sea, a pocos menos de la mitad de la distancia real.

La carta del Atlántico, más que un documento cartográfico

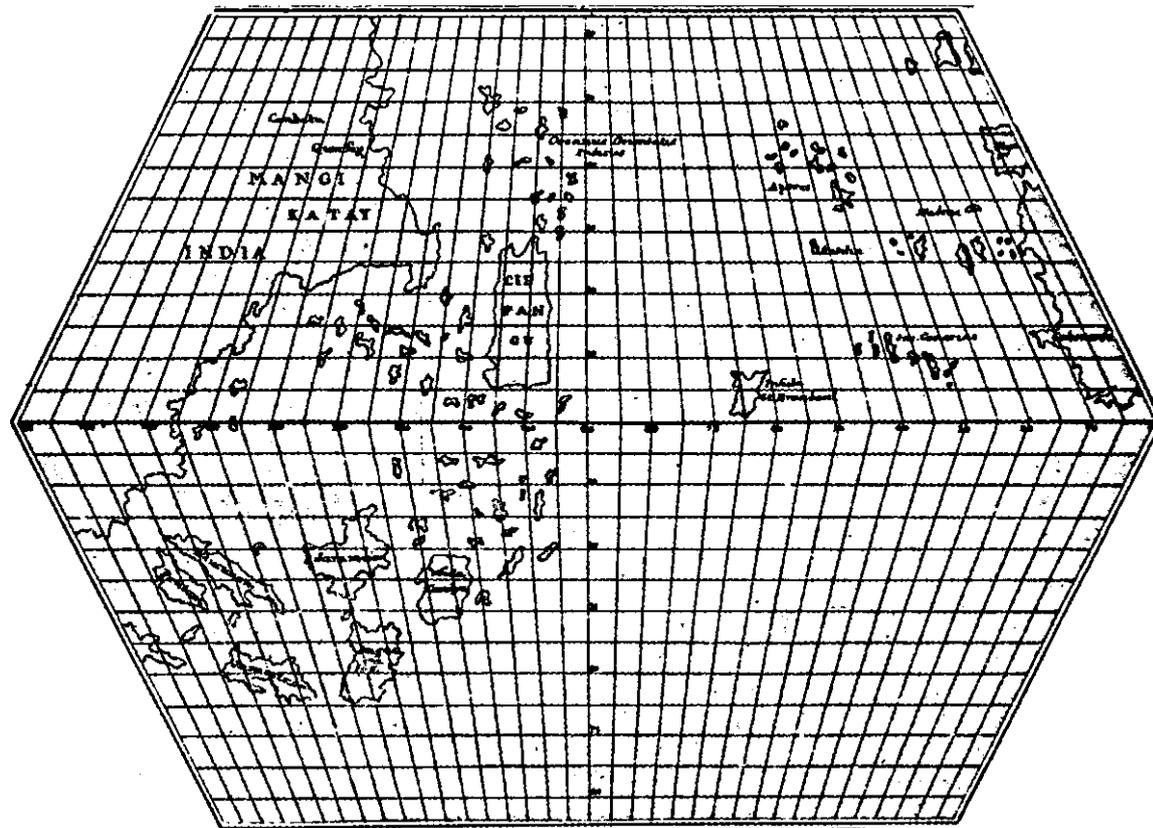


Fig. 6.—Carta del océano Atlántico.

seguro y exacto, era una construcción fantástica, hecha con los datos disponibles en su época. Los descubrimientos de los portugueses permitían fijar bien que mal las islas Azores, Madera y Canarias. Los relatos de Marco Polo y otros viajeros medievales sirvieron para modelar a capricho las costas orientales del Asia, donde aparecen los nombres de Catay y Cipango, dados por ellos a la China y al Japón, respectivamente. Se indican dos grandes ciudades de aquel imperio: Cambalú (Pekin), su capital, la residencia de Kublai Khan, el soberano protector de Marco Polo, y Quinsay, su puerto más importante.

El Asia, según la creencia general, penetraba muy al sur del ecuador, perdiéndose prudentemente sus bordes en el último meridiano del mapa. Seis o siete grandes islas, como las de Java Mayor (Sumatra), visitada por Marco Polo, representaban al SE. del Asia y sur de la línea equinoccial al archipiélago Malayo. Casi en medio del Atlántico, se ven dos islas fabulosas muy populares en la Edad Media, Antilia y San Brandán. Colón contempló sin duda el evento de encontrar en su camino alguna de estas últimas u otras desconocidas, sobre todo la de San Brandán, mucho mayor y situada en la carta más cerca de su proyectada ruta que la de Antilia; pero considerar esto como el fin principal de su viaje es insostenible. En su diario, deja el Almirante claro testimonio de sus ideas. Una vez no quiso interrumpir la travesía para buscar una isla que todos creían vecina, diciendo: «Mi voluntad es aprovechar este tiempo tan favorable para ir a las Indias; a la vuelta veremos lo que haya con ayuda del Altísimo». En otra ocasión, el 3 de Octubre, se negó también a distraer la actividad de sus naves en empresas secundarias, expresando que «aunque tenía noticia de ciertas islas en aquella comarca, no quería perder tiempo en luchar contra el viento (barloventear), pues su objeto era pasar a las Indias, y si se detuviera, no fuera buen seso».

Las tierras del oriente asiático: he ahí su verdadero objetivo; la ruta del oeste, sólo un medio de conseguirlo. Era natural que el reparto de sus prestigiosas riquezas hubiera monopolizado su atención y la de los Reyes Católicos al extenderse las capitulaciones de Santa Fe. Confería este documento a Colón grandes dignidades y ventajas políticas y económicas sobre lo

único tangible a que podían referirse, sobre «las tierras e islas que descubriere e ganare», fórmula capaz de englobar las ilimitadas posibilidades de un viaje hacia lo desconocido. No era prudente, necesario, ni diplomático mencionar las Indias, fu-



Fig. 7.—Globo de Martín Behaim (1492).

tura manzana de discordia entre dos pueblos, como tampoco se habló del «camino hacia el oeste» por no permitir el tratado con el Portugal a los españoles seguir el de la dirección opuesta.

La carta del Atlántico, por inexacta que fuese, cristalizó

ideas de influencia preponderante en el descubrimiento de América, falsas, pero más benéficas que si hubieran sido la expresión de la verdad. No fué por lo demás obra del genio, un producto de extraordinaria perspicacia; cualquier cosmógrafo mediocre, utilizando los datos existentes, habría podido ser su autor. Mientras Colón lo consultaba en la Santa María, Martín Behaim lo reproducía casi integralmente en el hemisferio occidental de su célebre globo (1492), conservado hoy en un museo de Nuremberg (Fig. 7). Puede parecer ahora un mamarracho cartográfico; pero, al indicar a Colón un dato conforme a sus deseos sobre la proximidad del Asia, le hizo el mayor servicio que podía prestarle. Fuera de este punto capital, único basado en la tradición helénica, todo lo demás fué reconocido en la práctica como falso; de modo que se le relegó entre los materiales destituídos de valor. La aparente exactitud, en cambio, de la anchura del Atlántico, señaló el ápice de la fama de los geógrafos antiguos y la *Cosmografía* de Ptolomeo fatigó con sus múltiples ediciones las prensas europeas. La ciencia griega, más que Toscanelli o cualquiera otro, había señalado la ruta a las carabelas de Colón.

#### LA CARTA DE CANERIO

La carta de Canerio, publicada en 1502, copia y mejora el mapa de Cantino y reproduce gráficamente las ideas sobre la forma dada a los resultados de los descubrimientos en el oeste del Atlántico por los geógrafos europeos en esa fecha. La hemos preferido a la mucho más importante de Juan de La Cosa (1500) por servir mejor a nuestro objeto, limitándonos a admirar la sorprendente intuición con que este gran piloto señala el verdadero ángulo formado por las costas orientales de América del Norte con las septentrionales de América del Sur, en cuyo vértice llena el espacio en blanco de una región aun inexplorada, con una lámina de San Cristóbal, patrón de los navegantes, llevando en hombros al niño Dios.

En el mapa de Canerio, la América actual aparece dividida en tres secciones independientes:

1.º—Las costas de Norte América, descubiertas por los Cabot y los Cortereal, dibujadas en forma fantástica, casi inin-

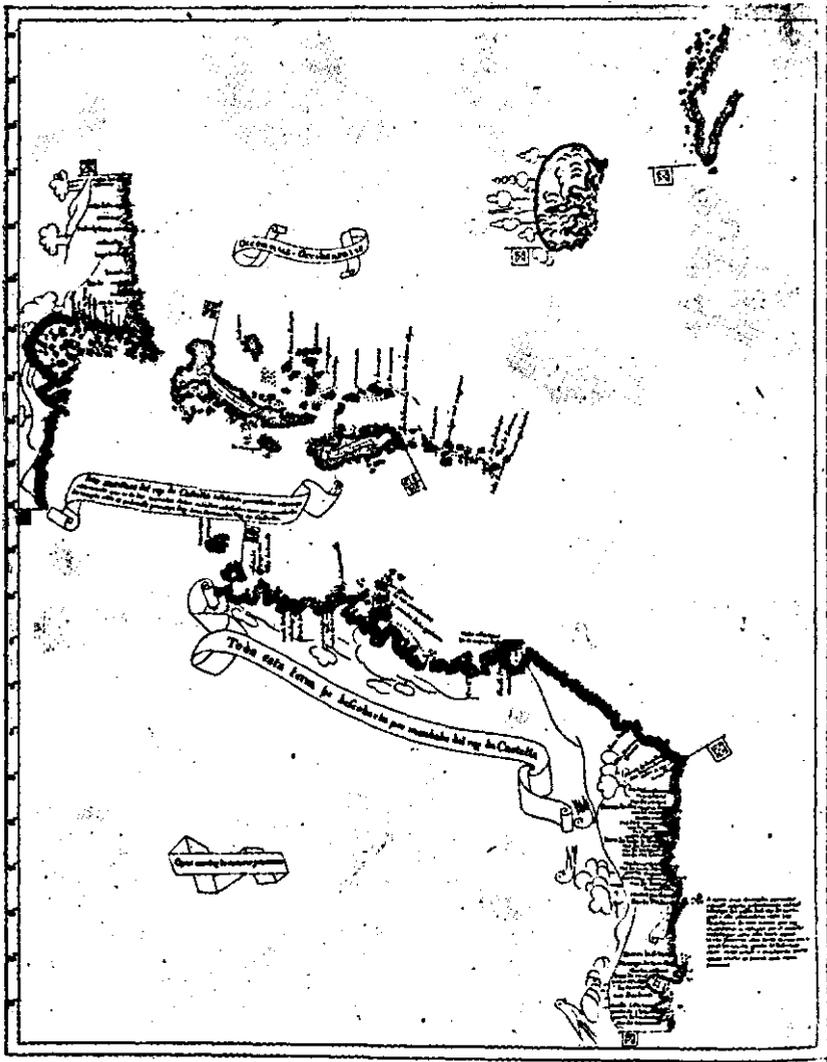


Fig. 8.—La carta de Canerio.

teligible. Los pormenores de estos viajes, dirigidos los primeros desde Inglaterra, no se conocían bien en España. El gran golfo poblado de islas de la costa, a pesar de su latitud, no es el de Méjico.

2.º—Las Antillas, exploradas por Colón en sus dos primeros viajes (1492 y 1493-96). Aquí se nota mayor exactitud y dominio del material cartográfico. Cuba aparece ya como una isla.

3.º—El sector del litoral sudamericano a lo largo del cual habían navegado Colón, Ojeda, Vespucio, Pinzón, Cabral y Lepe, esto es, el trecho entre el oeste de Venezuela o tal vez la boca del río Magdalena, y el Brasil meridional hasta los 33 grados de latitud sur según el mapa. La costa no continuaba más allá de este punto, porque aquí más o menos se había separado de ella Vespucio en su segundo viaje (1501-1502) para continuarlo por alta mar. Surge una dificultad: si el piloto florentino divisó seguramente el estuario del Plata creyéndolo la entrada de un estrecho interoceánico ¿por qué Canerio no lo dibuja en su carta? Tal vez por incertidumbre de los datos o falta de coordenadas geográficas, indispensables para una exacta ubicación de los lugares en un mapa. Dudas como éstas ocurren a cada paso en la historia de los viajes; sólo la lógica, el conocimiento y recta inteligencia de las fuentes y cierta lucidez casi instintiva, permiten entrever la verdad.

Vespucio, en su primer viaje de 1499-1500, había visto cómo la tierra firme penetraba en el hemisferio sur unos 5 grados hasta, más o menos, el cabo San Roque, sin que esto, como se ha dicho, le llamara la atención, pues, según la cartografía de la época, esa latitud correspondía a las dos extremidades del Asia propiamente dicha, Ceilán y Málaga. Si hubiera conocido la verdad, anticipara en dos años su anuncio de la existencia de un nuevo continente. Tan importante concepción geográfica sólo pudo lógicamente formularla Vespucio durante su segundo viaje, cuando observó que el litoral seguía ininterrumpido después de esos 4 ó 5 grados hasta los 32 y tal vez hasta los 50 ó 52 de latitud sur.

Sea cual fuere el punto meridional extremo alcanzado por el Florentino en su segundo viaje, la costa descubierta era larguísima y no podía ser sino el borde de otro continente, de

un verdadero Nuevo Mundo, la Cuarta Parte, en una palabra, creada por la fantasía de Ptolomeo. Nada importaba para la exactitud geográfica del portentoso aserto la forma de su conexión con el Asia. Podía estar separado de ella por un estrecho o mar, o unido, sea por un istmo, como el África, sea por una ancha zona terrestre, como Europa. Probablemente era la continuación de esa península, que en el mapa de Ptolomeo se desprendía de Indochina; sólo que en vez de dirigirse hacia el África a través del Indico, se ensanchaba al SE. del Asia, según otra posibilidad enunciada también por el geógrafo griego, como una masa continental. Esta última hipótesis correspondía mejor a la común creencia en la unión intercontinental de todas las tierras emergidas del Globo.

A los intereses comerciales de los españoles convenía, sin embargo, ver desmentida en este caso la teoría de los enlaces terrestres entre los continentes, mediante el descubrimiento de un estrecho al norte del ecuador entre el Atlántico y el Índico, a través del cual pudieran acarrear las riquezas de la India. Ningún europeo sospechaba siquiera entonces la existencia del océano Pacífico. Balboa, cuando lo descubrió, creyó llegar al Índico, y murió como Colón, sin sospechar la verdadera magnitud de su hazaña. Otro tanto supuso Magallanes al salir del estrecho de su nombre; cuando inició su travesía no debió imaginarse fuese tan larga y difícil. Al terminarla, quedó comprobado que se trataba de un océano diverso, el más extenso del Globo, el cual sólo a él debía su ingreso en la cartografía. A Sebastián de El Cano (o Elcano), continuador del viaje, tocó cruzar el «Oceanus Indicus Meridionalis», reducido ahora a la tercera y más pequeña parte de su primitiva e imaginaria extensión.

La carta de Canerio fija una de las principales etapas del desarrollo de las ideas geográficas, sobre la forma y situación de América. Las dos secciones dibujadas en el norte de ella eran para todos, sin excepción alguna, dependencias asiáticas; formaban el «mundo de Colón». El sector meridional, esto es, la América del Sur, representaba, sobre todo en la parte bajo el ecuador, un continente desconocido hasta entonces, en otros términos «el Mundo Nuevo de Vespuccio». Los méritos y las zonas geográficas relacionados con la actividad de los dos ma-

yores navegantes italianos eran independientes y estaban perfectamente circunscriptos. Ni a ellos mismos, ni a sus contemporáneos, se les ocurrió que pudiera producirse una colisión entre los intereses y fama de los dos.

Waldseemüller (8) dió con toda justicia el nombre de América al mundo de Vesputio al sur del ecuador, denominación que por un fenómeno lingüístico, varias veces observado, se extendió mucho después a todo el continente americano. Cuando se reconoció la independencia geográfica de Norte América del Asia, habría sido muy justo darle el nombre de «Colombia». Así cada cual habría tenido lo suyo. No se hizo: la Humanidad, sin ser influida por nadie, inconscientemente, cometió un acto perdurable de ingratitud. Prefirió y continúa prefiriendo la eufonía a la justicia; se enamoró de una palabra tan sonora como armoniosa. Y a pesar de platónicas protestas, todos celebran su elección. Ningún homenaje podría, por lo demás, aumentar la gloria del Almirante genovés, ligada para siempre por el destino al hecho más culminante del desarrollo de la Humanidad (c).

#### EL CROQUIS DE BARTOLOMÉ COLÓN

Después del segundo viaje de Vesputio (1502), la actividad de los descubridores subsiguientes se dedicó a averiguar si el Mundo Nuevo individualizado por él se desprendía o no directamente del Asia. Entre ambos quedaba aún un vasto trecho inexplorado, como se observa en la carta de Canerio. Sólo procurando llenar ese blanco cartográfico, se podría saber si había al norte del ecuador un paso marítimo hacia los mares de la India, si por ahí se encontraba la ruta de la fortuna y la grandeza. Bien podría también ser, como lo creyó Colón después de haber descubierto en su tercer viaje las costas de Venezuela, que por ese espacio aún no reconocido se pudiera llegar inmediatamente a la India misma o, según su expresión, a la desembocadura del Ganges.

(c) La carta de Canerio dibuja el litoral americano hasta el paralelo 32 sur, casi todo lo reconocido por Vesputio en su segundo viaje. Desde el Río de la Plata, lo abandonó para navegar lejos de él hasta la latitud 50 ó 52 sur. Es curioso que ese estuario no aparezca en el mapa.

Con tal esperanza zarpó Colón de España en su cuarto viaje, mayo de 1502, tres meses antes que Vesputio regresara al Portugal del tercero suyo. No pudo, por lo tanto, saber nada del sensacional hallazgo de un cuarto continente. Pero esto no influye en la lógica a que obedecieron los descubrimientos, pues el Almirante conocía ya la continuidad del litoral comprendido entre Venezuela y el cabo San Roque, ampliado hacia el oeste por varios marinos hasta el istmo de Panamá. Fue natural, por lo tanto, que enderezara la proa de sus naves más al norte de este punto y descubriera las costas orientales de la región llamada hoy Centro América. Recorriéndolas atentamente desde Honduras hasta el cabo San Blas, alcanzado por Rodrigo de Bastidas, navegando en dirección opuesta, en 1501, pudo comprobar que en las latitudes vecinas al ecuador, donde sólo podía encontrarse, no se abría ninguna puerta hacia el supuesto océano Índico. Era inútil buscarla más al norte, donde era sabido que las costas del Asia formaban una línea continua. El espacio en blanco, donde más tarde iba a dibujarse el golfo de Méjico, no se tomó por eso en consideración.

¿Cómo explicarse la existencia de una larguísima barrera entre los dos océanos laterales del mundo? Si entonces se hubiera sabido como ahora que el Asia no lanzaba al sur del ecuador ramificación alguna, tal obstáculo al sur de dicha línea habría determinado un cambio total en la concepción de la forma y significado geográfico de las tierras descubiertas por el Almirante. Pero los geógrafos de ese tiempo, sin excepción, se hallaban bajo la influencia secular de Ptolomeo, quien ideó como prolongación suroriental del Asia una gran península de proporciones continentales. Y todo parecía comprobar la perspicacia del infalible y antiguo oráculo.

Precisamente, al cuarto viaje de Colón se debe el origen de un documento irrefutable, no utilizado hasta la fecha, para fijar las ideas geográficas de su época sobre la superficie de nuestro planeta. Consiste en un croquis geográfico dibujado a la ligera por don Bartolomé Colón, hermano del Almirante, para consignar los resultados del cuarto viaje de éste, en el cual fué, como en tantas otras ocasiones, su más fiel consejero. Ese croquis, (Fig. 9) sencillo como significativo, se reproduce aquí tomándolo de la obra titulada «*Periplus*» por J. E., Nordens-

kiöld. Para mayor claridad se designan los diversos países según su actual nomenclatura.

De acuerdo con la carta tan popular entonces del Oecúmenos por Ptolomeo, Centro América, o parte descubierta por Colón en su cuarto viaje, fué considerada por don Bartolomé como una península desprendida de la China o Catay, al este del Sinus Magnus. De conformidad con el erróneo cálculo de Ptolomeo, admitido sin contradicción por la ciencia, las costas opuestas de Europa y Asia estaban a lo sumo separadas por

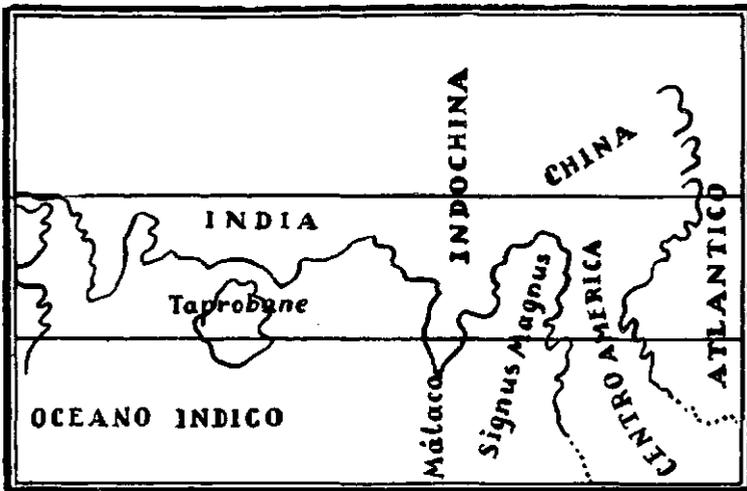


Fig. 9.—El croquis de Bartolomé Colón.

130 grados de longitud; el ancho de dicha península o istmo debía ser pequeño. El croquis sugería la seductora perspectiva de atravesarlo fácilmente y de encontrar al otro lado las Molucas y el Indostán con sus tesoros inagotables. Nueve años más tarde, Balboa (1513) realizaba la empresa de cruzarlo por su parte más angosta y descubría los bordes orientales del océano Pacífico, al cual denominó mar del Sur, no sólo por su situación respecto del punto desde donde lo divisó en el golfo de Panamá, sino por haberlo confundido con el océano Índico, situado al sur del Asia. Aunque Balboa desplegó cierta actividad para explorar el nuevo océano, tanto él como los con-

tinuadores de su obra, no hicieron tentativa alguna seria para seguir por mar hasta las comarcas asiáticas, ricas en especias y productos tropicales. La ciudad de Panamá, fundada por Pedrarias Dávila, sirvió en cambio de base y punto de partida a las naves exploradoras de las riberas occidentales de Centro y Sud América.

La longitud del litoral descubierto al oeste del Atlántico, considerado, aún antes de explorar el espacio todavía en blanco del golfo de Méjico, como una línea continua entre, más o menos, el Labrador y el río de la Plata, no ofrecía a los europeos otra posibilidad de hallar el paso a las Indias que por sus límites extremos. El veneciano Sebastián Cabot, al servicio de Inglaterra, tentó la empresa en 1509 ó 1516 por el Canadá, donde el canal de Hudson le permitió avanzar hasta la latitud 67 norte, siendo el primero de esos numerosos exploradores árticos que muchos siglos después descubrirían el paso del Noroeste (Mac-Clure) y el mismo polo (Peary).

Más plausible pareció desde el principio la existencia de un estrecho en el extremo sur, aun desconocido del continente americano. Vespuccio, probablemente, y después Juan Díaz de Solís habían llegado hasta el río de la Plata. El segundo murió en sus riberas, y aquél se apartó aquí de la costa para continuar lejos de ella, navegando por alta mar hasta casi frente al tan buscado como esquivo pasaje; tal vez sea éste el único caso en que le fué adversa la fortuna, impidiéndole adquirir la gloria reservada a Magallanes.

#### HEMISFERIO DE LEONARDO DE VINCI

Se reproduce esta carta, aunque no tenga el carácter de eslabón cartográfico en el desarrollo del concepto «América», por proceder de uno de los ingenios más universales del Renacimiento, artista y sabio a la vez, el mejor exponente de la opinión culta de su tiempo, libre de los prejuicios y rutina de los geógrafos profesionales.

Ocupa el centro de la carta de Vinci el continente individualizado por Vespuccio, concebido por sus contemporáneos como la sección más importante de las tierras descubiertas al oeste del Atlántico. Se extiende, dominándolo todo, entre el océano

Occidental o Atlántico y el océano Meridional o Índico. Las Antillas de Colón hacen al norte de sus costas un papel secundario. La península de Florida, descubierta por Ponce de León dos años antes (1513), representa en forma insular lo único

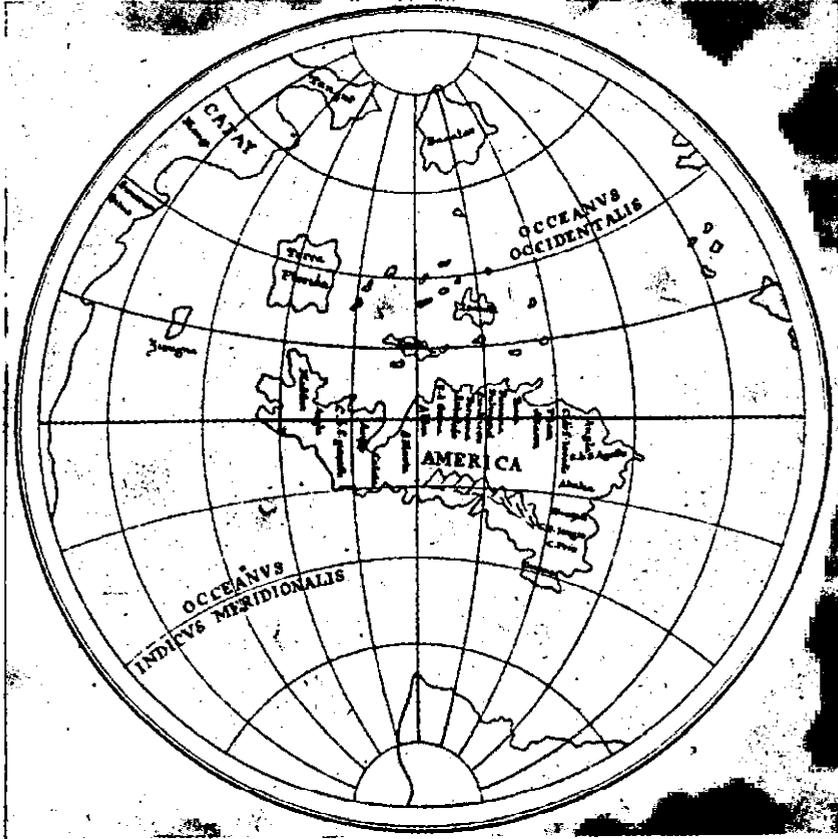


Fig. 10.—Hemisferio de Leonardo de Vinci.  
(alrededor de 1515).

explorado hasta entonces por los españoles en la América del Norte propiamente dicha. La isla de Bacalar o de los Bacalaos en el extremo superior de la carta, revela lo poco que Vinci y tantos otros sabían de los viajes de los Cabot y de Corterreal a lo largo de los actuales Canadá y Estados Unidos; en tanto

que en la parte opuesta del mapa asoma la enorme masa del, en aquellos tiempos, todavía fabuloso continente austral. El litoral asiático (con Tangut, Catay, Mangi, etc.,) se desarrolla desde el círculo Ártico hasta muchos grados al sur del ecuador. No lejos de él, la escuálida isla de Zipugna reemplaza a la imponente Zipango de la carta de Toscanelli. El mar ocupa entre Florida y Centro América la región del golfo de Méjico, aun completamente desconocida. El continente central lleva al sur del ecuador el nombre de América, propuesto en 1507 por Ilacomilus, y repetido después en numerosas cartas posteriores. Por 30 años más debía designarse con él exclusivamente la América del Sur.

#### MAPAMUNDI ANEXO A LA EDICIÓN DE PTOLOMEO DE 1548

La carta anexa a la edición de Ptolomeo de 1548, elegida entre otras de mayor valor, confirma las ideas cardinales de este estudio y manifiesta a la vez cómo los cartógrafos, tan dóciles a la rutina como los cronistas, se negaban a deducir de los descubrimientos geográficos de mayor resonancia algunas de sus más notorias consecuencias (Fig. 11).

Magallanes, al desembocar en el mar encontrado por Balboa siete años antes, lo identificó, sin duda, a pesar de haberle dado en ese sector un nuevo nombre, con el Índico, situado al sur del Asia. Tal equivocación debió animarlo a continuar su ruta hacia el oeste, porque le hacía creer mucho menor la distancia que lo separaba de la India. Una interminable travesía le reveló un océano anchísimo, diverso del Índico, como después de su muerte en las islas Filipinas pudo comprobarlo prácticamente su sucesor en el mando de la empresa, Sebastián de Elcano.

La circunnavegación del Globo no hizo derrumbarse la teoría de que el mundo de Colón era parte del Asia. Ni se pensó en dar a ésta, para continuar sosteniendo aquélla lógicamente, un ensanche de más del doble del real en el sentido de los paralelos. Rectificar a Ptolomeo parecía un desacato. A nadie se le ocurrió remover la dificultad, relacionando la parte conocida, ya muy considerable, de América del Norte con el Asia por medio de un largo istmo, como lo está con Europa en la carta

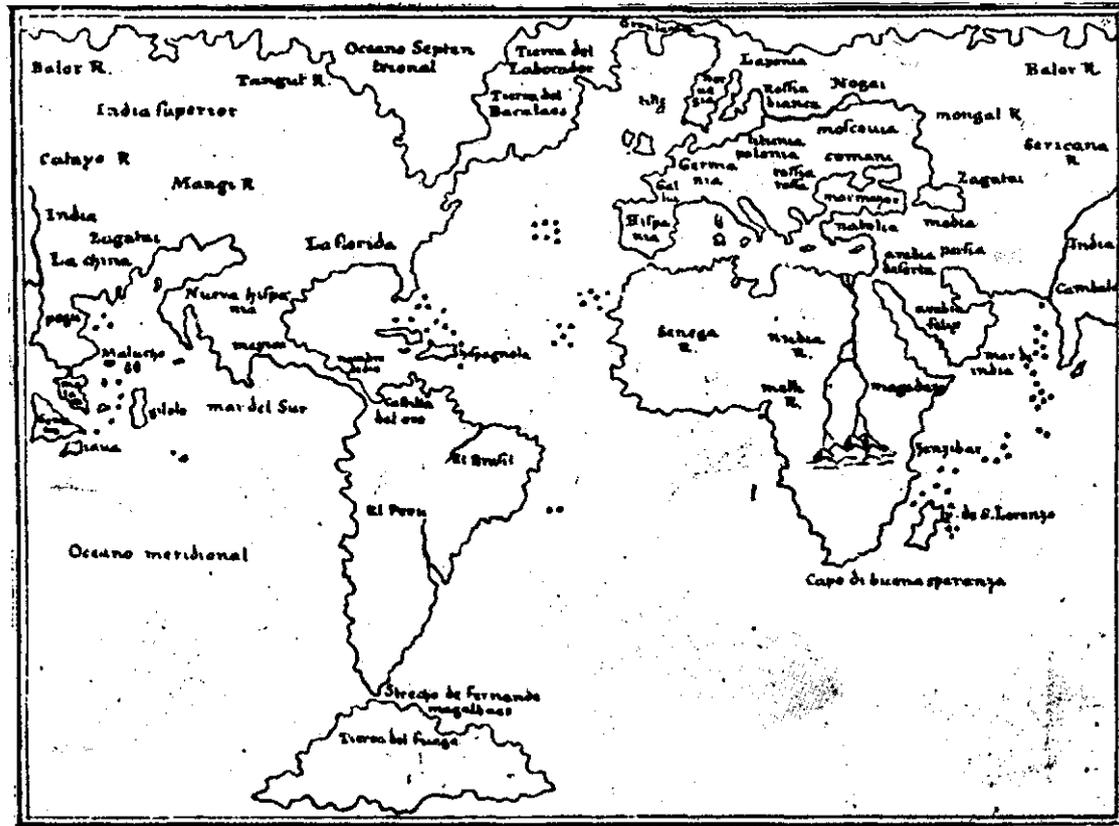


Fig. 11.—Mapamundi anexo a la edición de Tolomeo 1548.

de 1548. Este documento fué redactado por un partidario convencido de la unión intercontinental. Sólo el angosto estrecho de Magallanes separa del conjunto a la Tierra del Fuego, la cual, representada aquí como una gran isla, aparece en muchas otras cartas hasta la segunda mitad del siglo XVIII embutida en un imaginario continente, que se suponía rodeaba como un colosal casquete el polo sur, avanzando muy adentro de la zona templada. La Antártica (*d*), reducida hoy a la zona circumpolar del sur, fué el segundo continente adivinado por la imaginación humana como necesario al equilibrio y buena distribución de las tierras de nuestro planeta.

En el mapamundi que analizamos, aparecen ya casi todas las costas occidentales de América, desde Chile hasta Nueva España o Méjico colonial, en cuyo sector norte se distinguen la península de California y el litoral de los Estados Unidos actuales, hasta más o menos la bahía de San Francisco. Un golfo muy angosto separa Nueva España de la China, desestimándose la gran longitud del océano intermedio, recorrido 28 años antes por las naves de Magallanes. Al norte de dicho golfo, la unión de América con Asia es completa, dominando en esta parte del mapa la confusión producida en los espíritus por la dificultad de armonizar los conocimientos antiguos y tradicionales de la geografía con los modernos.

#### MAPAMUNDI DE MERCATOR DE 1541

El célebre geógrafo flamenco Gerardo Mercátor (1512-1594) había tenido diez años antes de publicada la carta reproducida en la figura 10, una visión mucho más exacta de la realidad. El descubrimiento de las costas occidentales de Centro América y de Méjico colonial o Nueva España, efecto necesario de la conquista de ambos países, le dió la clave para resolver el problema. La independencia continental de Norte América, comprobada ya hasta la latitud de San Francisco o, más precisamente, hasta el cabo Mendocino, punto extremo por este

---

(*d*) Respetando la terminografía cartográfica universal, se prefiere esta forma del nombre a la usada entre nosotros, Antártida. Es además más conforme a su etimografía latina.



lado del dominio español durante todo el Coloniaje, comenzaba a delinearse con suma claridad.

Con ese don de adivinar, propio de algunos sabios, prolongó Mercátor en sus mapamundis de 1538 y de 1541 el océano Pacífico hasta el Ártico, como algo diverso del Índico, separando por completo Europa del Asia por medio de un estrecho, denominado en seguida Anían o Arian por los cartógrafos. Este paso, que hacía desaparecer todo vínculo terrestre entre ambos continentes, se conservó durante cerca de dos siglos como un dato conjetural e incierto. A Rusia se debe su ingreso definitivo en los dominios de la geografía. Simón Deshner lo visitó a mediados del siglo XVII y el danés Víctor Bering, al servicio del gobierno de San Petersburgo, en virtud de dos expediciones científicas, efectuadas en 1728 y 1741, inmortalizó en él su apellido, aplicado también por la posteridad al mar adyacente, ceñido al sur por la graciosa guirnalda insular de las Aleucianas, y a la isla vecina al estrecho, donde se encuentra su tumba. Bering murió en su segundo viaje de escorbuto, flagelo de los navegantes hasta mediados del siglo XIX.

Mercátor, anticipándose a las exploraciones antedichas, proclamó en sus citados mapamundis la total independencia del continente americano, ampliación del concepto de Vespucio, y fué el primero en extender el nombre de éste a la América del Norte, dividiendo la palabra en dos partes, una de las cuales aparece sobre los Estados Unidos y la otra sobre el Brasil actuales, enfático anuncio de la unidad geográfica del Mundo Occidental.

Entonces fué cuando se cometió la verdadera y grande injusticia, ratificada sin apelación por la posteridad, contra el Titán unificador de la raza humana. América del Norte debió llamarse «Colombia», dejando a la del Sur el nombre de Vespucio, aunque el Almirante genovés la hubiera descubierto primero en su tercer viaje. Nadie tenía mejor título a esta última gloria que el egregio florentino, su genial evocador en medio de las soledades oceánicas.

## ACLARACIONES

### 1

#### REPARTICIÓN DEL MUNDO ENTRE ESPAÑA Y PORTUGAL. BULAS Y TRATADOS.

La Santa Sede expidió en favor de los portugueses 4 bulas, calendaradas en los años 1443, 1452, 1454 y 1455, para estimularlos con su gran autoridad a continuar los memorables viajes por las costas occidentales del África y darles, al mismo tiempo, un premio anticipado por la promesa de combatir, una vez descubierta la ruta marítima hacia la India, al Islam, el enemigo más terrible en ese tiempo de Roma y de toda la Cristiandad. En la bula «*Romanus Pontifex*» (1454), la más importante de las 4, expedida por el Papa Martín V al año siguiente de la toma de Constantinopla por Mahomet II, les cedió, cuando sólo habían llegado a Guinea, todas las tierras descubiertas o que después descubrieran al sur del cabo Bojador. Tan arrogante donación, basada sólo en el concepto hildebrandesco del poder supremo del Pontificado Romano sobre el mundo, fué reconocida por España, después de largas negociaciones, desde el mismo promontorio hasta la India, en el tratado de Alcaçovas (1479), que el Papa Sixto IV ratificó en la bula «*Aeternis regis*» (1481).

A nadie se le habría ocurrido entonces la posibilidad práctica de ir al Asia, navegando hacia el oeste. El pretendido e inusitado descubrimiento de esta ruta creó una situación nueva, a la cual urgía dar base jurídica e internacional. Para conseguirlo, se gastó mayor diligencia y se obtuvieron resultados más rápidos que en las mismas expediciones marítimas. Antes de cumplirse tres meses del regreso de Colón a Saltes, cerca de Palos, término de su primer viaje, los Reyes Católicos habían obtenido de su compatriota, el Papa valenciano Alejandro VI, el reconocimiento, en la bula «*Intercaetera*», del dominio de España sobre las tierras de Ultramar, sin perjuicio de lo concedido por sus predecesores Martín V y Eugenio IV a los portugueses (3 de mayo de 1493).

Al día siguiente, el Papa delimitaba las zonas de influencia y actividad de ambas naciones en otra bula de igual título, por medio de un semimeridiano «tirado de polo a polo 100 leguas al oeste de las islas Azores o del Cabo Verde». Esta bula fué antedatada, pues se dictó en mayo del año siguiente, y es conocida con el nombre de Bula de la repartición del Mundo. La frase entre comillas revela la ignorancia, tal vez diplomática, de la cancillería pontificia. No se decía cuál isla de esos extendidos archipiélagos serviría de punto de referencia para tra-

zar la línea y se les consideraba situados en el mismo meridiano, aunque sus dos islas más occidentales están separadas por más de 6 grados de longitud.

La línea divisoria fué sin duda sugerida a sus soberanos por Colón, a cuya perspicacia y sagacidad no se le ocultó que dis- taba mucho de ser un meridiano cualquiera. Desde luego, co- rría por el punto donde, según sus observaciones, la brújula señalaba con exactitud el polo norte; era el meridiano astro- nómico, lado común de los dos ángulos diversos de la decli- nación magnética, oriental hacia la Europa y occidental hacia la América. Había notado también Colón, más allá de esa lí- nea sin declinación magnética, «un aspecto diferente del cielo estrellado y un cambio muy favorable en el mar y en la tem- peratura del aire». La Naturaleza parecía querer anunciar con un aumento de su hermosura el camino del Asia. Después del tercer viaje, repite el mismo concepto. «En la isla de Tri- nidad y costa de Paria, dice, encontré el clima y la vegetación como en abril en las hermosas campiñas valencianas».

La tercera y última bula pontificia (no se toma en cuenta la bula «*Eximiae devotionis*» de 1493), se puso en el caso de que los buques de las dos naciones favorecidas se encontrasen navegando en direcciones opuestas, y previno las disputas de jurisdicción y dominio, convirtiendo el semimeridiano de la segunda bula en un meridiano completo (25 de septiembre de 1493). El Papa en un rasgo magnífico, puramente teórico de suprema potestad temporal sobre el Mundo, nunca respetado en la Historia, lo dividía por un círculo máximo en dos hemis- ferios, adjudicando el occidental a los españoles y el opuesto a los portugueses. Los soberanos de los dos pueblos manifestaron gran interés en la elección de un meridiano completo como raya divisoria, pues ya pensaban en legitimar sus eventuales derechos sobre las Molucas o islas de las Especias, que cada uno esperaba estuviesen en su zona de influencia. Sobre esta aspiración giraron, como lo dice Sophus Ruge, las negociaciones diplomáticas iniciadas inmediatamente por ambos países para aclarar bien las bulas papales, o, mejor dicho, para sustituir- las por un pacto internacional.

El acuerdo se produjo en el tratado de Tordesillas, firmado el 7 de Junio de 1494. Los portugueses quisieron en los deba- tes preparatorios limitar la zona española por un paralelo, se- gún parece el de las islas del Cabo Verde (15 grados de latitud norte); mas la situación internacional muy favorable en esos momentos a España, los obligó a abandonar su desmedida exi- gencia. La línea divisoria fué siempre un meridiano completo, como en la tercera bula de Alejandro VI; pero se trazó 370 leguas (21.904 k.) al oeste de la isla de San Antonio, la más occiden-

tal del archipiélago del Cabo Verde; lo que pareció a los españoles muy ventajoso a sus futuros intereses. Las tierras descubiertas por Colón quedaban todavía muy distantes de la nueva línea y nada hacía prever entonces la dislocación de América del Sur hacia el oriente, es decir, su gran proximidad al África. La raya establecida en el tratado de Tordesillas pasaba, más o menos, por la boca del río Amazonas, dejando el Brasil en la zona portuguesa.

Mientras más espacio renunciemos en el Atlántico, pensaban los españoles, más ganaremos en el borde opuesto de nuestro hemisferio y mayores serán nuestras probabilidades de quedarnos con las Molucas y otros ricos países del Asia, tal vez con la India misma. A consecuencia de estas falaces esperanzas, perdió España el Brasil y la América latina la perspectiva de su unidad política y lingüística.

## 2

## LORENZO DI PIER FRANCESCO DE MÉDICIS

Lorenzo di Pier Francesco de Médicis y su hermano Juan, eran primos en segundo grado de Lorenzo el Magnífico y pertenecían a la rama menor de la célebre familia florentina, rival de ella en riquezas y más tarde en pretensiones políticas. Eclipsados por sus poderosos parientes, dos hijos de los cuales iban un día a ceñir la tiara, ocultaron su inquina y celosa envidia hasta la muerte de Lorenzo el Magnífico. Al hijo y sucesor de éste, Pedro el Desgraciado, le declararon su abierta enemistad cuando la invasión de Toscana por Carlos VIII, rey de Francia, consentida por él para salvar a Florencia del saqueo, le hizo perder el afecto de sus conciudadanos. Fué expulsado en 1494 de la ciudad y las riquezas de su palacio, sin igual en Europa por el número y valor de sus objetos artísticos y literarios, diseminadas a todos los vientos. Entre sus más encarnizados adversarios, figuraron sus primos segundones, Lorenzo di Pier Francesco (*e*) y Giovanni, quienes para congraciarse con el pueblo trocaron su apellido por el de Popolani, populares.

El destierro de la rama primogénita de los Médicis duró hasta 1512, sin que durante ese lapso hubieran podido los Popolani reemplazarla en el poder. Sólo cuando se extinguió en 1537 por el asesinato de Alejandro, tirano y primer Duque de Florencia, yerno de Carlos V, se desquitó la rama menor ocupando durante dos siglos casi exactos el trono, elevado ahora por ella al rango de Gran Ducado de Toscana. El regicidio lo había cometido, sin conocimiento ni complicidad de sus parientes

(*e*) La preposición «di» en los nombres italianos significa «hijo de».

inmediatos, un nieto de Lorenzo el Popolano, Lorenzino o Lorenzaccio. Un nieto, a su vez, de Juan el Popolano, Cosme I, inicia la serie de los siete Grandes Duques mediceos.

Los dos hermanos no alcanzaron a ver el viraje favorable a sus descendientes de la rueda de la fortuna. Lorenzo di Pier Francesco de Médicis, nacido en 1463, había bajado a la tumba muchos años antes. Los americanistas indican el año 1503; lo cual les induce a creer que no pudo ser él sino su hijo del mismo nombre, el destinatario de esa carta en italiano de Vesputio, hoy perdida, cuya traducción al latín por Giocondo, es el *Mundus Novus* de tanta circulación en Europa. Pero, el Coronel G. F. Young, historiador moderno de los Médicis, muy acucioso en averiguar fechas, dice, sin pensar en la famosa carta, que falleció en 1507. Si este dato fuera exacto, desaparecería las dudas formuladas alrededor de un punto, a la verdad secundario, de la vida de Vesputio.

## 3

## SOBRE DIVERSOS NOMBRES APLICADOS A AMÉRICA

Las primeras denominaciones de América reflejan con exactitud la evolución de su concepto geográfico en la mente humana. Colón, al regresar de su gran viaje, la designa sencillamente con la palabra «Indias», pues estaba convencido de haber llegado a los países orientales del Asia. Las personas ilustradas advirtieron en el acto, sin embargo, las sustanciales diferencias existentes entre las tierras descubiertas, tales como las describía el Almirante, y el Asia conocida hasta entonces. No había nada en ellas parecido al Cipango, al Catay o a la India. Se trataba, sin duda, de comarcas distintas, jamás visitadas, aunque muy cercanas y antepuestas al continente asiático, del cual algunas debían formar parte integrante. Se orilló al principio la dificultad usando perifrasis, como el «Versus Indos», hacia el Indo, de la bula *Intercaetera* (1493), hasta que se optó por la frase «Indias Occidentales», nunca abandonada en el lenguaje oficial de España. En otra parte se habla de las vicisitudes del nombre América, desde su modesto estremo sobre el Brasil, de la carta de Ilacómilus (hay varias maneras de escribir este nombre, cuya forma más correcta sería *Hylacomylus*), hasta su triunfal aplicación a todo el continente en los mapamundis de 1538 (*Orbis Imago*) y de 1541 de Mercátor.

Cristóbal Colón fué el primero en usar la frase «Nuevo Mundo» como equivalente del término «Indias», no por cierto en el sentido de continente separado, concepto extraño y aun contrario a su ideología geográfica, sino de tierras no conocidas antes. Sólo en la pluma de Vesputio, revelador de la existencia

de una nueva masa continental al sur del ecuador, el nombre Nuevo Mundo expresaría su genuino significado. (f).

## 4

## SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DEL BRASIL

En esta materia lo más seguro puede brevemente resumirse así:

1.º—Vespucio descubrió en su primer viaje, hecho bajo las órdenes de Ojeda, las costas septentrionales del Brasil hasta cerca del actual cabo San Roque, el 27 de junio de 1499.

2.º—Vicente Yáñez Pinzón, a quien le tocó admirar después de Vespucio la poderosa corriente arrojada al océano por el Amazonas, alcanzó un poco más al sur que su predecesor, hasta el cabo llamado por él de la Consolación, hoy San Agustín, el 26 de enero de 1500. Según una apostilla del célebre mapa de Juan de La Cosa (1500) el hallazgo de este promontorio se habría efectuado en 1499; lo que podría suscitar alguna confusión si no se conociera la costumbre española de entonces de iniciar el año el 25 de marzo. El 26 de enero de 1500 quedaba por esto en el año anterior. Por lo demás, Pinzón había zarpado de Palos en noviembre de 1499.

3.º—Diego de Lepe visitó poco después, tal vez en febrero de 1500, los mismos parajes. Su viaje podría silenciarse sin inconvenientes.

4.º—Pedro Alvarez Cabral pasa por el descubridor del Brasil, como Almagro de Chile, sólo por haber sido el primero en visitar la parte mejor del país, donde se desarrolla toda su historia. En realidad, fué precedido en tal hazaña por Vespucio, Yáñez Pinzón y Lepe, como Almagro por Magallanes. Cabral llegó al Brasil sin quererlo, arrastrado por los vientos en dirección contraria a su proyectada ruta a la India por el sur del África, el 22 de abril de 1500. El punto en que desembarcó al día siguiente, situado a los 16 grados de latitud sur, se llama hoy en honor suyo Cabralia. Avanzó en seguida un poco hacia el norte hasta Porto Seguro (2 de mayo de 1500) y se

(f) No han faltado tentativas de derivar el nombre de nuestro continente de palabras indígenas americanas. El geólogo Jules Marcou, de la Universidad de Columbia en Massachussetts, cree que procede de «Americ» o «Amerique», denominaciones de una cordillera y de una tribu india centroamericanas. Otros, entre los cuales sobresale T. H. Lambert, sostienen que el nombre proviene de «Amarca» o «Amaraca», palabras usadas por los antiguos peruanos para designar una parte del imperio de los Incas, vecina a Quito, que los españoles habrían convertido en «América». Puras fantasías.

apresuró, conformándose con haber reconocido tan corto trecho del litoral, a reanudar su viaje al Indostán, interrumpido por el más feliz de los contratiempos. Había bautizado el país, que él creyó era una isla, con el nombre de Veracruz, convertido luego en Santa Cruz. Se le llamó también «tierra de los Papagayos», en honor de los individuos más vistosos, gritones y decorativos de su abigarrada fauna. Todas esas denominaciones fueron desplazadas por un vocablo de gran prestigio comercial, Brasil o Brazil (=brasa, por el color escarlata de la madera), que servía para designar una planta tintórea de la India asiática, la «caesalpina saepán» de Linneo, representada en el trópico americano sobre todo por la especie «caesalpina echinata», la primera fuente de riqueza en orden cronológico de un país opulento. Un artículo del trópico de apariencias modestas, pero muy productivo, pudo más en la imaginación humana que los santos recuerdos de los colonizadores y los artísticos animales y plantas—aras, mariposas, coleópteros, colibríes, boas, anacondas, orquídeas—ornato brillante, a veces terrible, de una tierra digna de alta y poética designación.

5.º—Vespucio, en su segundo viaje (1501-1502) fué el gran explorador de casi toda la costa oriental del Brasil, desconocida antes, con sus incomparables ensenadas y bahías.

6.º—No se puede terminar este asunto sin aludir a la pretensión del Portugal de haber descubierto el Brasil, y por lo tanto la América, antes de Vespucio y de Colón, durante sus viajes a lo largo de las costas occidentales del África. El historiador portugués Faustino de Fonseca ha reunido en su obra *Descubrimiento del Brasil (A Descoperte do Brasil, Lisboa, 1908)* cuanto dato existe sobre el particular. En medio de la incertidumbre propia de una materia envuelta en el misterio, suele citar algún testimonio de impresionante verosimilitud, como los mapas de Becharia y de Branco (primera mitad del siglo XV) y de Pero Vaz Visagudo (fines de la misma centuria). Parece también seguro que Duarte Pacheco Pereira, cosmógrafo y marino distinguido, visitó el Brasil antes de Cabral en 1498; lo que le daría prioridad en el descubrimiento del país sobre el mismo Vespucio. Pero, tales viajes, aun suponiéndolos auténticos, no tendrían valor alguno, por haber permanecido ignorados durante largo tiempo, por no conocerse bien sus detalles, y por carecer, en suma, de transcendencia, única importancia y razón de existir de un hecho histórico. No tuvieron el menor influjo en el desarrollo de los acontecimientos. Sólo una estéril, aunque laudable curiosidad, puede deleitarse en sacarlos del oscuro limbo donde han estado siempre sumergidos.

## HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA FAMA DE VESPUCIO

A fines del siglo XVIII comienza la reacción en favor de Vespucio. Ya en 1745, A. M. Bandini en su *Vida y cartas de Américo Vespucio*, publicada en Florencia, había estudiado prolijamente la cuestión sin llegar a conclusiones definitivas. El más entusiasta de los defensores del navegante florentino es el italiano S. Canovai, autor de las obras *Elogio, vida y cartas de Américo Vespucio*, Florencia, 1788, y *Viajes de Américo Vespucio*, Florencia, 1817.

La campaña de rehabilitación fué recibida con indiferencia o escepticismo. El conocido polígrafo Martín Fernández de Navarrete, que en su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Madrid, 1825-1837, publicó los más valiosos papeles sobre el particular de los archivos españoles, en gran parte reunidos por Juan Bautista Muñoz, muerto cuando empezaba a utilizarlos (g), trata a Vespucio con decidida hostilidad. Creyendo encontrar, como Muñoz, nuevas pruebas del fraude del florentino en los documentos recién salidos a luz, influenció en este sentido a todos los escritores hispanos,

Humboldt, en su magistral *Examen crítico de la historia de la Geografía del Nuevo Continente*, París, 1836-1839, estudia con su majestuosa serenidad y ciencia la cuestión, sin resolverla. Aunque en Madrid, Muñoz, muy amigo suyo, le había expresado su «íntimo convencimiento de que Vespucio falsificó premeditadamente las fechas de sus viajes», él no adhiere de ligero a tan grave cargo, y recomienda «la necesidad de una gran reserva en un asunto tan complicado». Poco después agrega: «De mis investigaciones resulta que, a lo menos, el nombre de América ha sido inventado y popularizado a despecho de Vespucio». En otro pasaje dice con su habitual lucidez, refiriéndose sólo al viaje fabuloso de 1497, algo digno de aplicarse a los demás cargos: «las dificultades en que se cae al admitir como una ficción culpable de Vespucio el primer viaje a las costas de Venezuela y el cabo Paría, son más inextricables todavía que las que se presentan considerándolo inocente.» La confianza de Humboldt en la buena fe del florentino, dista, sin embargo, de

(g) Muñoz alcanzó a redactar dos volúmenes de su *Historia del Nuevo Mundo*, publicado el primero en 1793, bastantes para considerar la interrupción de la obra como una desgracia literaria y científica. Los documentos de Muñoz y Navarrete imprimieron a la historiografía americana un rumbo mucho más serio, haciendo posibles obras como las de Washington Irving y Alejandro de Humboldt.

ser completa y de valer como un juicio definitivo; lo que debe atribuirse a las causas indicadas en el texto de este trabajo, sobre todo a la autenticidad concedida a fuentes espurias.

La confusión entre los verdaderos y los falsos escritos y datos atribuidos a Vespucio, resta también importancia a casi todas las historias escritas después, sea por admiradores de su genio, como D'Avezac, *Los viajes de Américo Vespucio*, París, 1858, y A. de Varnhagen, *Américo Vespucio, su carácter, sus escritos*, Lima, 1865, sea por impugnadores tan inteligentes y contrarios a su fama como Sir Clemente Markham, *Cartas de Américo Vespucio y otros documentos ilustrativos de su carrera*, Londres, 1894, refutado por el insigne americanista Enrique Harrisse en sus obras sobre Américo Vespucio, publicadas en Londres (1895) y en Florencia (1900). El mayor adversario del florentino en los últimos tiempos es P. L. Rambaldi, *Américo Vespucio*, Florencia, 1898. Gustavo Uzielli, en cambio, en su *Américo Vespucio ante la crítica histórica*, Florencia, 1899, y en otros escritos, presta a su memoria un gran servicio revelando la autenticidad de las tres cartas de Vespucio a Lorenzo di Pier Francesco de Médicis, contenidas en el Códice Vaglianti de la biblioteca Riccardiana de Florencia; pero no excluye que sus otros escritos sean también genuinos. De este último error, muy explicable por la mezcla de noticias verdaderas y falsas que contienen, no se libra Enrique Vignaud, no obstante su admiración por Vespucio, en su eruditísima obra, arsenal precioso de datos, titulada *Américo Vespucio*, París, 1917, la más completa y de útil consulta existente sobre la materia. Vignaud niega la autenticidad de las tres cartas florentinas; lo que, a nuestro juicio, desvaloriza sus opiniones personales.

Corresponde a A. Magnaghi haber formulado bien el problema, después de 400 años de un enunciado incorrecto, apartando las incertidumbres, contradicciones e inverosimilitudes que impedían resolverlo de acuerdo con los datos incontrovertibles sobre la vida y carácter de Vespucio. Su obra, que sólo conocemos por ligeras referencias, se titula *Américo Vespucio, estudio crítico, con especial miramiento a una nueva valorización de las fuentes, acompañado de documentos aun no publicados del Códice Vaglianti*, Roma, 1926. Este trabajo significa una revolución completa de la historiografía vespuciana, en sentido plenamente favorable al insigne cosmógrafo. Según Magnaghi, los únicos documentos serios, sin interpolaciones debidas a manos extrañas e interesadas en defender algún propósito o tesis, son las tres cartas tantas veces citadas del Códice Vaglianti. Tienen el mérito de explicarlo todo con claridad, sirviendo de clave para resolver cualquiera objeción o duda.

En este artículo se acepta el criterio de Magnaghi, confir-

matorio de una antigua convicción nuestra, basada en el estudio de la cartografía histórica y mantenida hasta ahora inédita por el temor de chocar con opiniones tradicionales aceptadas como incontrovertibles. En la primera edición de nuestro texto de *Geografía de América* (1902), se lee la siguiente frase: «La América no debe su nombre a un vulgar mistificador, sino a uno de los mayores y más nobles exploradores de la Tierra y promotores de la ciencia geográfica».

## 6

## FUENTES PRIMARIAS SOBRE LOS VIAJES DE VESPUCCIO

¡Cosa extraña! Para los viajes de Vespucio existe una sola fuente: los pocos escritos, auténticos y apócrifos, autorizados con su nombre. Debe haberse perdido una balumba de documentos de gran valor. Agréguese que hasta nuestros días nunca pudo distinguirse bien entre los verdaderos y los falsos, habiendo estos últimos, por lo general, gozado de más crédito y prestigio. Contribuyó a hacer inextricable el enredo, la circunstancia de ser los apócrifos modificaciones y copias, casi siempre infieles, de documentos genuinos, por lo regular, de cartas personales e inéditas. El interés económico o propagandista, el entusiasmo del partidario o del compatriota, el amor, en fin, a lo sensacional o novelesco, desfiguraban con facilidad esas copias.

El más notable de los tres escritos atribuidos erróneamente a Vespucio, es el conocido bajo el nombre de *Mundus Novus* (1503), traducción latina de una carta sobre el segundo viaje (1501-1502) en italiano, dirigida a Lorenzo di Pier Francesco de Médicis, o según algunos, a un hijo de éste, ciudadanos de Florencia. El original se ha perdido, siendo por lo tanto, el *Mundus Novus* un testimonio indirecto, expuesto a los ataques de la crítica. ¿Cómo ha podido durante siglos servir de base principal a la historia de los viajes de Vespucio? Tal vez por su popularidad y enorme difusión en Europa. Se creyó, además, por mucho tiempo—Bandini y Humboldt estaban convencidos de ello—que el traductor al latín era el docto humanista, conocido de Vespucio, Juliano di Bartolomé del Giocondo, cuyo sólo nombre era garantía de fidelidad. Las faltas filológicas advertidas en el trabajo revelaron, sin embargo, que se trataba de un malentendido. Su verdadero autor era el arquitecto veronés Fra Giovanni del Giocondo, latinista macarrónico, uno de los constructores del puente de Nuestra Señora en París, quien difícilmente habría tenido relaciones personales con el navegante florentino.

Los otros dos documentos apócrifos, casi iguales por su contenido, son una carta, llamada «La Lettera», que se supone dirigida por Vespuccio, con fecha 4 de Septiembre de 1504, a Pedro Soderini, ex-condiscípulo suyo y Gonfaloniero de su ciudad natal, para referirle sus 4 viajes; y una copia de la misma, denominada «Quator Navigationes», que se envió al Duque de Lorena René II y fué comunicada por éste al Instituto de los Vosgos, en Saint Dié, en el cual era tenido como Mecenas. Esta copia, que no provenía de Vespuccio, traducida al latín, fué publicada por Waldseemüller o Ilacómilus en la Introducción a la *Cosmografía* de Ptolomeo y le sugirió la idea de dar el nombre de América al continente descubierto al sur del Ecuador.

Si, como hoy generalmente se admite, el viaje de Vespuccio de 1497 es inventado, el simple contenido y título de las dos cartas precedentes indican la falsedad de su origen. El piloto florentino, aun dejando a un lado la notoria rectitud de su carácter, no habría podido escribirlas sin desacreditarse para siempre en España. Tales fueron las tres fuentes, únicas consideradas como fidedignas por tantos y tan distinguidos historiadores.

La confianza inspirada por esos escritos de segunda mano, que a lo sumo pueden pretender haber sido copia de originales vespuccianos, forma contraste con el repudio de los tres únicos testimonios irrecusables, las cartas concisas y circunspectas del Florentino, de 18 de Julio de 1500, publicada sólo en 1745 por Bandini; de 4 de Junio de 1501, dada a la estampa por primera vez en 1827, como agregado de una edición de *Il Milione* (h) o viajes de Marco Polo por G. B. Baldelli; y de 1502, revelada al gran público por F. Bartolozzi en 1789. Las tres cartas se han guardado hasta hoy en el Códice Vaglianti de la biblioteca Riccardiana de Florencia. El brusco viraje de los valores documentales, sean cuales fueren las razones a que obedece, tiene por lo menos la virtud de ahuyentar dudas, resolver dificultades y explicarlo todo satisfactoriamente. Si no es verdad, se parece mucho a ella por su lógica, limpidez y coherencia.

La nueva interpretación no despoja a las fuentes relegadas a segundo término de todo su valor. Aunque adulteradas e infieles, ellas copian cartas y documentos auténticos, aluden a hechos e ideas indiscutibles. Una frase, por ejemplo, del *Mundus Novus*, expresa genuinamente el pensamiento de Vespuccio y corrobora la tesis de este trabajo. Dice así: «Todos creían que al sur del equinoxio no había tierra firme, sino un mar infinito, al que daban el nombre de Atlántico. Aun los que admitían que

(h) El título es el apócope de Emilione, Emiliano, otro nombre de pila de Marco Polo.

más allá se encontrara un continente (se refiere a Ptolomeo y a su «Cuarta Parte»), tenían diversas razones para suponerlo inhabitable. Mi viaje comprobó que aquella opinión es errónea y contraria a la verdad, puesto que descubrí al sur del ecuador un continente, algunos de cuyos valles están más poblados de hombres y animales que el resto conocido de la Tierra».

El comentario de Stefan Zweig de las líneas anteriores en su obra sobre Vespucio, revela, fuera del prurito de convertir la historia en novela, cierta confusión e incoherencia en las ideas. «Ese párrafo, exclama, hace del *Mundus Novus* un documento memorable de la Humanidad; constituye la primera proclamación de la independencia de América, formulada 270 años antes que la otra (la de Estados Unidos) e invalidó la hipótesis de que el nuevo continente fuese la India. Hace conocer el error que impidió a Colón, su gran descubridor, justipreciar su propia proeza».

Vespucio dió, es cierto, haciendo coincidir la realidad con hipótesis muy antiguas, el primer paso en el reconocimiento de la independencia geográfica de América, cuyo nexa con la libertad política es muy traída de los cabellos por Zweig; pero hasta su muerte no se apartó del concepto cosmográfico de Colón sobre el carácter asiático de las tierras descubiertas al norte de la línea equinoccial. El supuesto e íntimo enlace del mundo de Colón con la India, tomada esta palabra en su sentido más amplio, no fué invalidado por Vespucio sino más tarde por los exploradores del Pacífico. El cosmógrafo florentino, por el contrario, murió tan persuadido como el Almirante genovés de que Norte América, es decir, lo que hoy se llama así, e islas antepuestas, formaban parte del Asia. Aún sobre el continente, anunciado por su genio como la realización mágica de una antigua leyenda, debió Vespucio pensar más de una vez que era el gran ensanche de una península o istmo desprendido quizá de la Indochina. Su visión del mundo se parecía sin duda mucho al representado en la carta anexa a la edición de Tolomeo de 1548 (Fig. 11).

## 7

## OTROS VIAJES ATRIBUÍDOS A VESPUCIO

A Américo Vespucio se le atribuyen, fuera de los dos viajes aceptados sin discrepancia por la crítica, otros 4 ó 5, discutible e improbable el 1.º (1497), verosímil el 4.º (10 de mayo de 1503-1.º de junio de 1504), ambos de la falsa serie, completamente imaginarios los demás. Todos, menos el primero, si fuesen efectivos, tendrían muy poca importancia práctica y su

influencia en el desarrollo de los acontecimientos habría sido casi nula.

El primer pretendido viaje de Vespuccio es considerado hoy como falso, aunque no faltan autores eminentes, Harrisse, Fiske, Vignaud, etc., que lo reputen posible y aún se inclinen a creer en su efectividad. Sobre el itinerario seguido reina una discordancia e incertidumbre sospechosas. Según la opinión más autorizada, Vespuccio llegó a Honduras el 1.º de Julio de 1497 (seis días después que Juan Cabot al Labrador), y siguió costeando hacia el sur hasta Paria o Venezuela, visitada por Colón, su verdadero descubridor, 13 meses más tarde, el 12 de Agosto de 1498. Otros, y entre ellos Varnhagen y Fiske, creen que recorrió además los contornos del golfo de Méjico y las costas orientales de Estados Unidos, hasta la bahía de Chesapeake.

Los detractores de Vespuccio le reprochan haber inventado este viaje para arrebatarse a Colón la prioridad en el descubrimiento de la tierra firme sudamericana. Tal acusación pugna con la lógica y todos los hechos conocidos. Sólo pudo presentarse esa precedencia como necesaria a la fama de Vespuccio cuando se conocieron todos los contornos de América del Sur, es decir, 20 años después de la muerte del navegante florentino. Durante su vida sólo entraba en juego el Nuevo Mundo anunciado por él al sur del ecuador. Venezuela podía ser el litoral de un istmo de anchura desconocida, muy pequeña según las ideas de la época, que lo relacionara con el Asia; eso era todo. Nada le interesaba que otro se hubiera anticipado a descubrirlo. La mistificación habría carecido de objeto entonces.

¿Quién inventó o, si se quiere, desfiguró el viaje de 1497? Tal vez nadie lo hizo deliberadamente. El autor del documento, la llamada «Lettera» de 1504, en que se basa, no pensó siquiera en adelantar unos cuantos días la llegada de su héroe a Honduras para quitar también a Juan Cabot el mérito del descubrimiento de todo el continente americano; lo que para un mistificador habría valido la pena de intentar, aunque entonces se creyera que América del Norte formaba parte del Asia. Este viaje, dudoso en su origen, incierto y contradictorio en sus detalles, sólo sirve de estorbo al cronista y la historia hace bien en borrarlo como inútil de sus anales.

El 4.º en la serie larga de los viajes de Vespuccio (1503-1504) es muy probable. Aunque fuera del hallazgo de la isla Fernando de Noronha, no ofrece nada de particular, se relaciona con la búsqueda de un paso marítimo a las Indias. Había el piloto florentino tomado como tal, en 1502, el estuario del Plata; pero movido quien sabe por qué propósito, se apartó de él para seguir hacia el sur por alta mar. Ahora, queriendo quizá reparar el error cometido, debió emprender un nuevo viaje, con el

fin de buscarlo más allá de las costas exploradas en sus empresas anteriores. Por diversos contratiempos no pudo realizar su intento; pero había señalado con 20 años de anticipación la ruta a Magallanes.

Por el mismo tiempo, Colón buscaba el paso por las regiones tropicales, creyéndolo un istmo, han sugerido algunos, como si hubiera sido en él la única hipótesis posible. El Almirante en realidad admitía, según la doctrina de Ptolomeo, una tierra, fuera península o istmo, antepuesta al Asia, donde bien podía existir un estrecho inmediato a las Molucas y a la India. Sólo después de su cuarto viaje, se convenció de que era inútil buscarlo por ahí, y que la supuesta península asiática se extendía ininterrumpida hacia el sur para ensancharse bajo el ecuador en el continente de Vespucio. El erróneo cálculo sobre las dimensiones de la Tierra no permitía darle al norte del ecuador sino la forma de un istmo; lo que en Panamá y alrededores parecía más evidente por las noticias de los aborígenes sobre la vecina existencia, al otro lado, de un océano.

## 8

## EL INSTITUTO DE LOS VOSGOS

La modesta aldea de Saint Dié, escondida en las pintorescas selvas de los Vosgos, ha desempeñado un papel tan considerable en la historia de la geografía de América, que bien merece ser objeto de una de las aclaraciones del presente artículo. Era una villa situada dentro del ducado de Lorena; pero con gobierno propio, ejercido con gran independencia por un Capítulo Eclesiástico, del cual fué Gran Prevoste el célebre cardenal Pedro d'Ailly, autor de ese *Imago Mundo*, tan leído por Colón cuando elaboraba el proyecto de su gran viaje.

A principios del siglo XVI, un grupo de sabios, amigos de la crudición, interesados especialmente en los progresos de la geografía, objeto en esa época de la curiosidad universal, fundaron ahí un círculo destinado a adquirir gran fama, con el nombre de Academia o Instituto de los Vosgos. El más notable de todos ellos, Gualterio Lud, le imprimió su carácter definitivo fundando en su seno una biblioteca de libros raros o valiosos, fuera del alcance de los particulares, y una casa editora para imprimir obras geográficas, comenzando por la *Cosmografía* de Ptolomeo.

Entre los trabajos preparatorios de la impresión proyectada, tres son dignos de mención:

1) Una nueva edición del folleto *Mundus Novus*, atribuido por error a Vespucio y publicado ahora con el título *De ora*

*antarctica* en Estrasburgo, el año 1505, por Matías Ringmann, miembro del erudito cenáculo de Saint Dié. Tal vez en París había conocido este sabio, poeta por añadidura, la existencia de ese bullado opúsculo, por intermedio de su propio traductor al latín, el arquitecto veronés Juan Giocondo, ocupado entonces como se ha dicho en la construcción del puente de Nuestra Señora en esa gran metrópoli. Los introductores del nombre «América» debieron tener a la vista la *Ora Antártica* de Ringmann.

2) Una nueva edición de la supuesta carta escrita por Vespuccio a Soderini, no se sabe en qué lengua, pues el original, si alguna vez existió, se ha perdido; pero conocida en su versión latina con el título italiano «La Lettera». La nueva edición aquí mencionada fué dirigida, según se cree, desde Lisboa al duque René II de Lorena, con el nombre «Quatuor Navigationes» por referirse a 4 viajes de Vespuccio, de los cuales el primero de 1497 es tenido hoy como falso, y el cuarto (1503-1504) muy dudoso. René II, Mecenaz del gimnasio de los Vosgos, se apresuró a enviar el manuscrito antedicho a Lud. La impresión producida por su lectura debió ser muy grande en Saint Dié, cuando se resolvió publicarla en la introducción a la *Cosmografía* de Ptolomeo.

3) Gualterio Lud mismo, por fin, publicó un corto resumen cosmográfico con el expresivo título de *Speculi Orbis*, espejo del mundo, muy semejante al de *Imago Mundi* aplicado a su obra por el cardenal d'Ailly. El compendio de Lud vió la luz pública en Estrasburgo (1507), muy poco antes de la *Cosmografíae Introductio* de Waldseemüller. En él se designaba a los habitantes del nuevo mundo con la frase latina «Gentis mo-Americi», gente de Américo. Tal fué el germen de la denominación definitiva de nuestro continente.

El principal, si no el único, redactor de la *Introducción a la Cosmografía* de Ptolomeo (1507) fué Martín Waldseemüller, nacido en Friburgo de Brisgovia por los años 1480. Había adoptado el nombre de Ilacómilus, traducción griega de su apellido que significa «el molinero» (=mylos) del bosque» (=hylé). La verdadera ortografía del nombre debía por lo tanto ser Hylacomylus. Lud atrajo sin duda a Waldseemüller como un valioso colaborador a Saint Dié, encargándole la redacción de la obra ya mencionada. Su figura permaneció tanto tiempo en la penumbra, que Humboldt pudo escribir en 1839, 332 años después de la célebre ocurrencia: «He sido muy feliz en descubrir recientemente el nombre y las relaciones literarias del personaje misterioso que propuso el nombre de América para designar el nuevo continente y que se ocultaba él mismo bajo el apellido helenizado de Hylacomylus».

Ilacomilus en su *Introducción a la Cosmografía* dice: «Ya que Américo Vespucio ha aumentado el número de las partes del mundo con una cuarta parte (o continente), y tanto la Europa como el Asia llevan nombres de mujeres, no veo ningún inconveniente para denominarla «tierra de Américo o América» según el hombre sagaz que la ha descubierto». De acuerdo con este razonamiento, puso en el mapa anexo a la *Cosmografía* dicho nombre a la región situada al sur del ecuador de la América Meridional, cuya verdadera forma nadie podía entonces ni siquiera sospechar. Para nosotros el descubridor de la América del Sur fué Colón en su tercer viaje, cuando exploró las costas venezolanas; pero en 1507 todos creían que las tierras situadas al norte del ecuador formaban parte integrante del Asia y que sólo las situadas al sur de dicha línea pertenecían a un nuevo continente, aunque pudiera estar relacionada con aquélla por un istmo o algo parecido.

El desarrollo evolutivo de la cartografía americana fué tan desfavorable a Colón como la dificultad filológica de formar con su nombre o apellido un vocablo más eufónico y sonoro que el de América, al cual podría aplicarse el *Veni, Vidi, Vici* de César. Juiciosamente observa Humboldt: «Si Vespucio hubiera sido bautizado, como varios de su familia, Miguel, Rómulo o Blas, el sabio cosmógrafo de Saint Dié, Hylacomylus, no habría pensado en buscar en esos nombre la denominación de una nueva parte del mundo».

Ilacomilus en su *Introducción a la Cosmografía*, un pequeño folleto de 50 páginas, hace referencia como anexo de ella a una representación cartográfica de la Tierra *in plano* (planisferio) e *in solido* (forma globosa). Este mapa, el primero donde aparece el nombre de América, permaneció perdido durante 4 siglos, hasta que el profesor Joseph Fisher lo descubrió en la biblioteca del castillo de Wolfegg, Alemania (1901). Consta de 12 hojas que forman una carta mural de grandes dimensiones, elegantemente impresa y decorada, con retratos imaginarios de Ptolomeo y de Vespucio: es la carta *in plano*. En la parte superior, en dos pequeños círculos o hemisferios, se representan respectivamente el Viejo y el Nuevo Mundo: es casi seguro la carta *in solido* (i).

---

(i) No queremos ocuparnos de otra carta atribuida a Waldscemüller un poco anterior, según se dice, a la de 1507, descubierta por Henry Stevens (1903), en la cual, si fuera realmente más antigua, aparecería el nombre de América por primera vez en un documento cartográfico. Se conserva en una biblioteca de la ciudad de Providence, en Estados Unidos.

## INDICE

	Págs.
Biografía de Vesputio.....	3
Primer viaje de Vesputio.....	5
Segundo viaje del mismo.....	6
Su concepción geográfica.....	8
Nombre de América.....	11
Ultimos años de Vesputio.....	11
Campaña denigratoria contra Vesputio y su justificación.....	13
Evolución del concepto «Continente Americano».....	16
Mapamundi de Ptolomeo.....	17
Carta del océano Atlántico, atribuída a Toscanelli.....	20
Globo de Martín Behaim.....	23
La carta de Canerio.....	24
El croquis de Bartolomé Colón.....	28
Hemisferio de Leonardo de Vinci.....	31
Mapamundi anexo a la edición de Ptolomeo de 1548.....	33
Mapamundi de Mercator de 1541.....	35
Repartición del mundo entre España y Portugal.....	38
Tratado de Tordesillas.....	39
Lorenzo di Pier Francesco de Médicis.....	40
Sobre diversos nombres aplicados a América.....	41
Sobre el descubrimiento del Brasil.....	42
Historiografía sobre la fama de Vesputio.....	44
Fuentes primarias sobre los viajes de Vesputio.....	46
Otros viajes atribuídos a Vesputio.....	48
El Instituto de los Vosgos.....	50

## LÁMINAS Y MAPAS

	Págs.
Américo Vespucio, en la niñez .....	4
Vespucio, en su juventud .....	7
Vespucio, en su traje de noble florentino .....	10
Vespucio, el gran piloto .....	12
Mapamundi de Tolomeo .....	18
Carta del Atlántico .....	21
Globo de Behaim .....	23
Carta de Canerio .....	25
Croquis de Bartolomé Colón .....	30
Hemisferio de Vinci .....	32
Mapamundi de Tolomeo (1548) .....	34
Mapa de Mercátor (1541) .....	35